

Resistencias y alternativas a la mundialización neoliberal

La sección de análisis de casos de este tercer número del OSAL está dedicada a analizar las características del movimiento de resistencia internacional a la mundialización neoliberal. Este movimiento, que cobró una gran visibilidad a partir de la “Batalla de Seattle” a fines de 1999, registra, sin embargo, antecedentes desde mediados de la década de los noventa. La lucha contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) a partir de 1997, negociado a puertas cerradas en el seno de la OCDE fue, quizás, el primer gran triunfo del movimiento antimundialización. El élan desencadenado por las protestas de Seattle quedó de manifiesto a lo largo del año 2000, durante el cual se registró una instensificación de las protestas antimundialización en ocasión de las diferentes cumbres intergubernamentales y/o reuniones de los organismos internacionales. Tres grandes rasgos caracterizan al proceso de confluencia-constitución de esta coalición: I) una gran heterogeneidad social en la composición de la misma (participación de organizaciones sindicales, ONG’s de diversa índole, grupos feministas, organizaciones políticas, movimientos de desocupados, ecologistas y ambientalistas, ATTAC, etc.), II) una diversidad de tácticas en lo referente a las modalidades de la protesta y III) un gran debate interno en torno a cómo construir y consolidar el movimiento y qué posición adoptar frente a la política de los organismos internacionales.

La primera parte de esta sección está dedicada, justamente, al análisis de la coyuntura internacional y de las perspectivas y desafíos que plantean las acciones de protesta que se han desarrollado en diferentes países del mundo en ocasiones de reuniones de la OMC, de los organismos de crédito internacional o de cumbres presidenciales. La segunda parte analiza dos casos particulares y emblemáticos en la lucha contra el neoliberalismo: la novedosa experiencia zapatista y la evolución reciente del movimiento sindical internacional a la luz de las transformaciones de los mercados de trabajo en los diferentes países y sus consecuencias sobre la práctica e identidades sindicales. El intento de dar cuenta de los procesos de constitución y de la diversidad del movimiento antimundialización, en el cual convergen con sus diferencias y especificidades numerosos movimientos y organizaciones sociales, se prolonga en la presentación de la cronología internacional y de los documentos y proclamas elaborados por los movimientos más significativos y en ocasión de las protestas que han tenido mayor relevancia.

La primera parte se inicia con la contribución de Emir Sader que realiza un balance de la hegemonía conquistada por el neoliberalismo de fin de siglo caracterizada, en el plano político y cultural, por la quiebra del consenso favorable a las soluciones colectivas de los problemas sociales. Si bien el autor señala que esta experiencia no representa el “golpe de gracia final” a la hegemonía neoliberal, Sader reconoce en Seattle un momento de cambio en el clima internacional de la década de los noventa. Esta protesta constituye un punto de quiebre en el proceso de acumulación de fuerzas a nivel mundial y en la posibilidad de recuperar el espíritu de solidaridad colectiva internacional. Una de las virtudes de las “protestas globales” es precisamente la capacidad y el impacto que estas tienen en dinamizar la capacidad de protesta en los espacios nacionales de los diferentes países donde, según el autor, aún se inscribe de manera privilegiada la lucha política.

El artículo de William Tabb realiza un pormenorizado análisis de las tentativas, lideradas por los Estados Unidos en el período de posguerra, de construcción de instituciones tendientes a apoderarse del manejo de la economía internacional (Organización Internacional del Comercio, GATT). La creación de la OMC en 1995 corona estas tentativas en el período de consolidación de la hegemonía neoliberal. El accionar de la misma está impregnado por los preceptos

filosóficos del pensamiento liberal y reposa, según Tabb, en la defensa de los derechos comerciales del capital. Sin embargo comienzan a elevarse algunas voces de protesta contra la acción predatoria y el carácter antidemocrático de la OMC, como quedó de manifiesto en Seattle y en las protestas ocurridas en el 2000. Estos movimientos sociales cuestionan el libre comercio impulsado por la OMC y los países centrales en la medida en que las actuales reglas de intercambio comercial atentan contra la biodiversidad, los derechos humanos, los estándares laborales y estimulan el robo de conocimientos tradicionales practicado por las transnacionales.

La cuestión de la compleja relación entre los conceptos de libertad, derechos y soberanía y el poder omnímodo de las corporaciones multinacionales que intentan “controlar nuestras vidas” constituye el eje central del artículo del intelectual norteamericano Noam Chomsky. Según el autor la doctrina elitista del poder se mantiene aún vigente y en ella se fundan los crecientes derechos que la OMC otorga a las corporaciones transnacionales. La desregulación comercial a ultranza supone que los derechos de los inversores prevalecen sobre los derechos democráticos de los pueblos. Esta es, para Chomsky, una de las claves para comprender los sucesos de Seattle.

El artículo de Michael Löwy cierra el dossier sobre el movimiento antimundialización reflexionando acerca de las condiciones de construcción sobre un nuevo universalismo caracterizado por el respeto a la diversidad cultural. En la medida en que para el autor francés las políticas neoliberales son una expresión histórica determinada del proceso de reconversión capitalista, la reflexión acerca de las alternativas a las mismas implica necesariamente considerar las alternativas de superación del capitalismo. Esto es una tarea que se plantea al movimiento internacionalista compuesto hoy por sensibilidades y movimientos que trascienden las fuerzas sindicales más tradicionales.

Ana Esther Ceceña abre la segunda parte con su reflexión sobre la experiencia del zapatismo a la que caracteriza como la primera revolución antineoliberal del mundo. La autora subraya dos cuestiones que constituyen los aportes más novedosos del zapatismo a la tradición insurreccional latinoamericana. En primer lugar la concepción del poder y de la democracia que, para los zapatistas, se diferencian de la tradición que marcó a gran parte de los movimientos radicales de izquierda durante el siglo XX. Más que como una “citadela a asaltar” o como una meta a alcanzar, el poder es entendido aquí como una construcción colectiva democrática de largo aliento que debe tener como objetivo central la anulación de las relaciones de poder. En ese sentido el movimiento zapatista no tiene como referencia principal al Estado sino a la sociedad, lo cual constituye una ruptura con la tradición insurreccionalista armada. El concepto de utopía es resignificado como la motivación de la práctica cotidiana en la construcción de “un mundo donde quepan muchos mundos”.

Frente a la incansablemente profetizada “muerte” del sindicalismo Rolando Munck refuta estas teorías y analiza los nuevos desafíos que la mundialización capitalista plantea al movimiento sindical. Munck sostiene que las transformaciones en curso no anulan la explotación del trabajo por parte del capital sino que la resignifican. La crisis de los proyectos de transformación sindical/socialistas tradicionales reposaban en patrones de organización y explotación del trabajo que se han modificado. Sin embargo las nuevas relaciones sociales de producción están gestando nuevas modalidades de organización y solidaridad de los asalariados a través de todo el mundo. El “movimiento social sindical” es señalado por el autor como un concepto que permite romper una visión estrecha del asociacionismo sindical en la medida en que integra y articula las reivindicaciones sindicales con las problemáticas de otros movimientos sociales cuyas identidades e intereses se ven profundamente afectados por la mundialización capitalista y la desregulación comercial y financiera. De esta forma este concepto sirve para refutar la “anacronía” del movimiento obrero internacional y para enriquecer el análisis de las luchas colectivas en curso.

Antes e depois de Seattle

Por Emir Sader*

Faz apenas um ano que se realizaram as manifestações de Seattle e no entanto mudou tanto o clima internacional, que é preciso nos darmos conta exatamente de onde estamos, tanto para não acreditar que tudo mudou, quanto para percebermos em que altura estamos do caminho de superação do neoliberalismo.

■ Antes de Seattle

As transformações regressivas ocorridas no mundo entre a crise de 1973 e Seattle representam os pontos de ascensão e consolidação do novo liberalismo no mundo. Aquele momento era a virada: do mais profundo ciclo, longo e expansivo, da história do capitalismo, ao ciclo recessivo, do qual ainda não saiu. De alguma forma a reaparição e nova hegemonia liberal representa uma reação ao que se cristalizava naquele momento em escala mundial.

Por um lado, uma reação ideológica, que foi o primeiro passo para tudo o que aconteceu depois. O diagnóstico de que a crise que havia chegado era produto da regulação econômica, com todos seus elementos: força dos sindicatos, encarcernamento da mão-de-obra, excessiva capacidade de articulação de setores da periferia capitalista. Esse diagnóstico ensejou a ofensiva ideológica, que mudou de forma rápida e radical o panorama mundial, a partir das fórmulas de desregulação econômica e todos os seus avatares –privatização, abertura econômica ao mercado internacional, estreitamento das funções e ações do Estado– com a correspondente projeção do liberalismo, especialmente financeiro e comercial, e das grandes corporações, como os sujeitos do processo econômico.

Combinando a recessão com a proposta de reacomodação das condições de acumulação –“terceirização”, reengenharia, flexibilização laboral, toyotismo– se produziu uma nova correlação de forças entre as classes sociais, condição essencial do novo panorama histórico, que teve vigência nas duas últimas



décadas do século XX. O capitalismo se recompôs, num patamar claramente mais baixo, como toda saída de crise. Mas principalmente com um novo projeto hegemônico, cristalizado na ideologia neoliberal e nas novas condições de acumulação e de relação entre as classes, assim como do Estado com o mercado e das economias nacionais com o mercado internacional.

O triunfo da ideologia liberal, nas condições do capitalismo do fim do século, privilegiou o crescimento dos países que mais rapidamente puderam impor a flexibilização laboral e a correspondente superexploração dos trabalhadores. Elevaram substancialmente as taxas de exploração e de lucro, ao mesmo tempo em que acentuaram a fratura entre a alta e a baixa esfera do consumo, concentrando renda de maneira funcional ao processo concentrador de acumulação de capital. Essas condições ganharam realidade de forma particularmente propícia nos EUA, depois que se recuperaram da crise do fordismo e se recompueram para aproveitar as inovações da organização do processo produtivo. Isto é, mediante uma política econômica dirigida a reconquistar espaços no mercado internacional, através da desvalorização do dólar, aceleração das importações de mercadorias a preços baratos (particularmente da China), e atração de capitais, (particularmente japoneses) para suprir seu gigantesco déficit comercial. Sua economia interna, enquanto isso, foi se dirigindo seletivamente para ramos de ponta e,

* Coordinador del Grupo de Trabajo “Economía Internacional” de CLACSO. Director del Laboratorio de Políticas Públicas, Universidade Estadual do Rio de Janeiro.

maciçamente, para o setor de serviços, espaço privilegiado da informalidade e do trabalho precário.

A Inglaterra –com Thatcher secundando a Reagan– seguiu esses passos, assumindo-se como potência de segunda categoria em termos produtivos, vendendo sua mão-de-obra barateada pela ofensiva neoliberal, desindustrializando-se (desapareceu a indústria automobilística inglesa) e voltando esforços para a City londrina, correlato da expansão da especulação financeira internacional.

Os outros países da Europa, assim como o Japão, ficaram para trás, por trilhar mais lentamente esse caminho, devido a configurações de classe mais rígidas ou devido a maiores dificuldades para construir neoliberalismos de linha dura como o norte-americano e o inglês –espécies de processos de acumulação primitiva da hegemonia neoliberal.

Esses processos tiveram seu período de instalação, que

supôs a dureza dos mecanismos de acumulação primitiva, com ênfase especial em quebrar a resistência do movimento operário organizado. As greves dos operários do carvão na Inglaterra, dos trabalhadores da Fiat na Itália e dos controladores aéreos

nos EUA, derrotadas cada uma delas, tornaram-se símbolos da vida na luta de classes nesses países e fizeram soar o alarme de que a nova disposição de endurecimento das classes dominantes dava resultados. Essa tarefa correspondeu às forças e governantes com visões mais ortodoxas do liberalismo, em geral provenientes da direita tradicional, agora em versões mais “ideologizadas” e radicalizadas, assentadas no fundamentalismo de mercado.

Os resultados não se fizeram esperar, tanto no novo ciclo expansivo das economias dos EUA e da Inglaterra –insuficientes no entanto para superar o ciclo longo recessivo geral do capitalismo– quanto no debilitamento da capacidade de luta do movimento operário organizado. A retomada do crescimento econômico se deu em setores tradicionais, como a indústria automobilística norte-americana, junto com o desenvolvimento de novos ramos de ponta –de que a informática se tornou o símbolo. E a expansão desmesurada do setor de serviços, ao lado de aumento da disponibilidade de mão-de-obra (seja pelo desemprego, resultante dos remanejamentos no processo produtivo, seja pela elevação acentuada dos trabalhadores

imigrantes), conforme a periferia capitalista entrou abertamente em recessão.

Instalou-se uma nova correlação de forças entre as classes, tanto no plano geral quanto em cada país em particular, com diferenças de menor monta, conforme o capitalismo logrou estender os limites do mercado através da desregulação, que impôs um novo ciclo e internacionalização do capital. O mercado financeiro comandou essa internacionalização, mas foi acompanhado pela intensificação dos intercâmbios entre as grandes corporações multinacionais no plano dos investimentos e da tecnologia, assim como um mercado de mão-de-obra, nos limites do interesse dessas grandes corporações.

Desemprego estrutural onde tinha havido pleno emprego; informalização, terceirização, trabalho precário, ao lado de política dura de enfrentamento com movimentos grevistas – foram os elos mais importantes dessa virada, ao lado da bem sucedida campanha ideológica de reindividualização, acompanhada da extensão do consumismo e do boom editorial da reengenharia e da

“auto-ajuda”. Quebrou-se o consenso favorável às soluções coletivas dos problemas da sociedade, enquanto se abriam caminhos seletivos de ascensão nas novas formas de organização da economia –com forte peso da

informática e da propaganda em torno “nova economia”– guiada pela informática e “sem crises”.

Baixa acentuada do nível de sindicalização, forte diminuição da ocorrência de greves, enfraquecimento da capacidade reivindicativa dos sindicatos, preponderância da defesa do emprego em detrimento da melhoria salarial ou da redução da jornada de trabalho –em suma, defensiva aberta e ampla por parte do movimento sindical em praticamente todas as regiões do mundo.

A hegemonia do capital financeiro, promovida pela elevação da taxa de juros acima da taxa de lucros e pelos processos de desregulação, por sua vez, impôs novas formas de reprodução social favoráveis à acumulação especulativa, com reflexos negativos diretos sobre o processo produtivo, sobre os níveis de desenvolvimento econômico, sobre o nível de emprego, sobre a “financeirização” dos Estados e das empresas e sobre a vida econômica e social no seu conjunto.

No entanto, as maiores transformações regressivas se deram no plano ideológico, de forma conexas com as

“Esses processos tiveram seu período de instalação, que supôs a dureza dos mecanismos de acumulação primitiva, com ênfase especial em quebrar a resistência do movimento operário organizado.”

modificações no processo de reprodução material da sociedade e de seus agentes sociais. Conforme o capitalismo estende e completa seu processo de mercantilização do mundo inteiro, se desenvolve e se arraiga a ideologia individualista que corresponde às relações de mercado, em que o destino de cada um é obra de cada um, acomodando-se à circunstância que tudo se torna mercadoria, inclusive os seres humanos. Esse processo sem precedentes por sua extensão e profundidade –porque se dá correlatamente com o enfraquecimento das formas de construção de sujeitos coletivos, seja no plano organizativo, político e do próprio conhecimento– resultando na sobredeterminação de todas as relações sociais, incluídas a luta política e a ideológica. É como se o mundo se reconstituísse a partir dos indivíduos como mônadas: o sonho utópico do liberalismo econômico.

outros, que subterraneamente foram buscando os espaços de menor resistência para fazer-se presentes. Foi surpreendente que tivesse demorado a fazê-lo e que finalmente se tivesse dado na forma em que se deu.

Seattle foi uma convergência de múltiplas reivindicações, a ponto de que publicações da grande imprensa tentaram reduzi-las a um mosaico desconexo de demandas, reunidas pelo descontentamento dos marginalizados pelos avanços da globalização, mas incoerentes entre si. Certamente os exemplos mais utilizados têm a ver com as contradições entre a defesa dos empregos dos trabalhadores norte-americanos pelos sindicatos daquele país –que explicitamente se contradizem com o deslocamento de capitais para países da periferia capitalista, de que o México, a Índia, a Indonésia e a China são apenas



■ Seattle

Seattle acontece como uma espécie de velha toupeira que, de repente, depois de uma acumulação quase subterrânea de forças, irrompe à superfície, ao mesmo tempo como resultado previsível de desdobramentos anteriores, mas também como expressão surpreendente –pela forma, pelo lugar, pelo momento– dessas tendências. Não foi surpreendente que Seattle acontecesse, pelo mal-estar acumulado nas duas décadas anteriores que, sem espaço para se manifestar, seja pelo debilitamento das organizações que pudessem expressá-lo, seja pelo deslocamento ideológico dos debates para temas financeiros ou outros, que conseguiram canalizar a atenção e as energias do espaço público e discussão, no lugar de

alguns grandes exemplos, para superexplorar mão-de-obra dezenas de vezes mais barata que a dos EUA– e a luta contra o desemprego nesses países.

Dentre suas maiores conquistas, as manifestações desde Seattle conseguiram, por um lado, quebrar a apatia política, um certo conformismo sobre a onipotência da tecnocracia internacional para decidir sobre os destinos da humanidade. A idéia de que se pode pelo menos questionar e até mesmo bloquear a capacidade de decisão dessa tecnocracia e de seus organismos. Essas manifestações serviram igualmente para apontar os adversários centrais da diversidade de reivindicações –a OMC, o FMI, o Banco Mundial– como representantes da ordem vigente no mundo atualmente.

Por outro lado, se conseguiu deslocar os temas em debate, da alternativa entre maior ou menor liberalização do comércio para as conseqüências sociais do modelo econômico vigente e para a necessidade da sua substituição. Essa mudança fez com que as próprias reuniões daqueles organismos tivessem que se debruçar sobre essa nova agenda, embora superficialmente, deixando de seguir sua própria agenda.

Ao nível nacional, as manifestações permitem recuperar dinamismo e capacidade de atração em vários países, a começar pelos europeus, onde a esquerda havia chegado ao nível mais baixo de sua história, e nos Estados Unidos. Elas permitiram, ao mesmo tempo, recuperar a dimensão internacional da luta atual, questionando as versões, como a de Samuel Huntington, de que o questionamento da ordem mundial atual se fazia apenas por setores de fundamentalismo nacionalista e religioso. Um novo elo de solidariedade começa a surgir e permitir vislumbrar o potencial de um novo projeto hegemônico.

Essa mudança do clima internacional representa o avanço mais significativo a partir de Seattle. No entanto, essa força social e ideológica acumulada ainda não se traduziu em força política, que permita começar concretamente a frear, reverter e modificar a hegemonia real do neoliberalismo, seja nos fluxos econômicos mundiais, seja na ideologia cotidiana da grande maioria da população mundial. Esta fraqueza se revela, efetivamente, na ausência ainda de governos de países de peso mundial que se oponham diretamente ao discurso e à prática neoliberal e comecem a construir políticas nacionais e um bloco de forças internacional que comece a pôr em prática uma ordem mundial qualitativamente diferente.

Isto só pode se dar quando se obtiver vitórias ao nível nacional, que é o espaço em que necessariamente se dão as lutas políticas, onde é possível diretamente começar a romper com a cadeia de imposição da hegemonia neoliberal. Nesse sentido se percebe que, embora os setores que se mobilizaram a partir de Seattle sejam muito ativos, são ainda minoritários, agregando setores de partidos ou partidos menores que ainda não lograram, porém, se constituir em forças hegemônicas nacionalmente.

Se essas forças têm que conseguir vitórias nacionalmente, ao mesmo tempo a concretização de políticas de ruptura e superação da atual ordem econômica só podem ser dar internacionalmente. Daí a necessária articulação entre os dois planos, sem o que os avanços internacionais não conseguirão desembocar em força política ou esta, conseguida no plano interno, ficará bloqueada para pôr em prática políticas concretas de negação e superação dos marcos neoliberais.

■ Depois de Seattle

Depois de Seattle, o movimento de questionamento e superação do neoliberalismo se encontra em fase de, ao mesmo tempo, ampliação dos setores sociais mobilizados e de formulação de plataformas, políticas e estratégias concretas de ação. O Fórum Social Mundial de Porto Alegre será o primeiro momento de reunião do maior leque possível das forças sociais mobilizadas para buscar eixos centrais de uma hegemonia alternativa.

Essa busca tem no questionamento da mais extensa mercantilização do mundo, realizada pelo capitalismo em sua fase neoliberal, seu eixo central de articulação, que unifica tanto a sindicalistas, quanto a ecologistas, feministas e todo o conjunto de forças que expressam o mal-estar da virada do século contra o domínio do capital. A formulação de um projeto de sociedade centrado no direito ao trabalho, no atendimento às necessidades básicas do conjunto da humanidade, na combinação entre a liberdade individual e a ação coletiva, entre a representação plural do ponto de vista social, político e cultural em todas as formas de exercício de poder, na solidariedade internacional –pode apontar para a formulação de um projeto de reorganização da vida da humanidade em bases cooperativas, solidárias, humanistas.

Isso requer, antes de tudo, um diagnóstico claro a respeito da natureza e das relações de poder atualmente existentes no mundo, para deduzir as forças com que se pode contar na luta, assim como para buscar as alianças necessárias e, especialmente, para ter consciência da força do inimigo e dos obstáculos a enfrentar. Qualquer avaliação que subestime o tamanho do retrocesso na relação de forças mundial e, em particular, o abismo introduzido entre o destino dos países centrais do capitalismo e os da periferia, pode cair em visões simplistas e idealizadas dos caminhos a trilhar para a quebra da hegemonia neoliberal e a construção de uma nova ordem mundial.

Nesse sentido, os avanços desde Seattle são fundamentais por colocar elos de novas formas não apenas de solidariedade, mas principalmente de articulação de interesses econômicos, sociais, culturais e políticos concretos que recomponham uma força internacional à altura de se enfrentar ao bloco de forças dominantes hoje no mundo.



¿La Organización Mundial del Comercio? Detengan la apropiación del mundo

Por William K. Tabb*

El 30 de noviembre de 1999, cuando la Organización Mundial del Comercio (OMC) inauguró su tercera ronda de reuniones, los tres mil delegados oficiales, dos mil periodistas, y otros observadores registrados, fueron superados ampliamente por los miles de manifestantes que llegaron de todas partes del mundo para protestar contra la OMC. Las estimaciones de la cantidad de manifestantes alcanzaron los cuarenta mil de acuerdo a *Seattle Times*, que dijo a sus lectores que las demostraciones eran más grandes que las de 1970, cuando entre veinte y treinta mil personas (diez mil de acuerdo al *Seattle Times*) cerraron la *Interstate 5* para protestar contra la Guerra de Vietnam. El paralelismo es apropiado. El creciente movimiento de oposición a los esfuerzos de instituciones tales como la OMC para apoderarse del manejo de la economía internacional, bien podría ser mayor que cualquier otro movimiento de protesta popular de los últimos veinte años o más.

El presidente Clinton, consciente de que las chances de que su vicepresidente lo sucediera descansaban en las manos del núcleo del electorado del Partido Demócrata, y de que este electorado se encontraba en las calles de Seattle, jugó a dos puntas. Y lo mismo hizo el alcalde de la ciudad, consciente de que la mayor parte de sus habitantes apoyaban a los manifestantes y sus preocupaciones, a pesar de que los reportes diarios de los periódicos y la TV insistían en la importancia del “libre” comercio para su prosperidad. El presidente, que intentó primero presentar el asunto como una opción entre el ‘libre comercio’ en los términos preferidos por el capital y el ‘cero comercio’ (la opción aducida por los “luddistas”), avanzó instintivamente hacia su deshinchada retórica de “siento tu dolor”. Los derechos relativos al medio ambiente y el trabajo fueron píamente apoyados desde la retórica, mientras que en realidad la libertad corporativa para explorar y contaminar habría de ser ampliada aún más.



9

rativa para explorar y contaminar habría de ser ampliada aún más.

El alcalde de Seattle, bajo una apariencia de “preocupación” similar, no logró explicar por qué miles de manifestantes no violentos que bloqueaban las calles fueron atacados a corta distancia con balas de goma y gases lacrimógenos. Tampoco pudo explicar por qué las acciones de un pequeño número de “anarquistas” fueron utilizadas para criminalizar protestas pacíficas y para justificar arrestos arbitrarios de quienes se negaron a claudicar a su derecho a protestar pacíficamente. El alcalde adujo orgullosamente haber apoyado la libre expresión mientras que efectivamente la impedía, del mismo modo que el presidente alegó estar a favor de los derechos laborales y medioambientales mientras apoyaba completamente la agenda del afán de lucro corporativo, tal como lo había hecho consistentemente a lo largo de su vergonzosa carrera.

Este intento de manipular o desvirtuar el eje de la protesta fue un fracaso resonante. Ahora ya no puede haber equivocaciones en la comprensión de la fuerza o el nivel de compromiso y captación de este movimiento radical que emerge contra el globalismo corporativo. Anticipando el encuentro de Seattle, unas ochocientas organizaciones de base de más de setenta y cinco países llamaron a resistir el poder

* Profesor de Economía y Ciencias Políticas en el Queens College and the Graduate Center de City University of New York.

Este artículo (extraído de Monthly Review, New York, Vol. 51 N° 8, enero de 2000, pp. 1-12) es una versión revisada de una Conferencia sobre librecambio, neoliberalismo y OMC dictada en el Queens College el 4 de octubre de 1999.

Traducción realizada por Florencia Enghel
Revisión técnica de José A. Seoane

creciente del afán de lucro corporativo. La OMC era un foco apropiado, debido a su contribución a fomentar la concentración de la riqueza, la pobreza creciente y un patrón no sostenible de producción y consumo. Dichas organizaciones declararon que las reglas y procedimientos de la OMC eran antidemocráticas y sólo sirven para marginalizar aún más a la mayoría de la población mundial, entrampada en la inestabilidad y degradación social del proceso de globalización sin control social. Como consecuencia de Seattle este movimiento se ha hecho más fuerte y está más comprometido, y es probable además que se torne aún mayor y más efectivo.

Dado que la mayoría de los ciudadanos no saben qué es la OMC, y menos aún cómo las acciones de ésta afectan sus vidas, diversos grupos –desde United Church of Christ Network for Environmental and Economic Responsibility a Pax Romana en Tailandia, desde Green Action en Tel Aviv a Green Library en Letonia, desde grupos de derechos humanos en Camerún a Indigenous People’s Biodiversity Network en Perú, de Pax Christi en Florencia a United Students Against Sweatshops– han estado involucrados en un esfuerzo coordinado por presentar una visión de la OMC desde abajo. Han estado buscando mostrar lo que la OMC significa para las vidas de los trabajadores de todo el mundo, el medio ambiente y el futuro de quienes vivimos en el planeta. En este camino Seattle fue una lección global.

Los funcionarios de la OMC sostienen que “lo que tenemos aquí es una falla en la comunicación”, que la pasión que hubo en las calles se basó en la ignorancia; e ilustran la necesidad de que la OMC “informe y eduque” al público en general acerca de “lo que hace realmente”. ¿Qué es lo que hacen realmente? Un funcionario de la oficina del Director General dice: “Si usted piensa en la OMC como un bazar donde todos los comerciantes del mundo se reúnen y regatean, no está demasiado alejado de la realidad”. Aunque, por otro lado, sumamente lejos, de hecho; ya que la mayoría de los habitantes del mundo no están representados. Su labor es devaluada por las corporaciones transnacionales, que regatean, y por los poderes principales (preeminentemente los Estados Unidos), que imponen sus preferencias sobre las negociaciones y regateos. Son escasos los países en desarrollo que poseen el mismo nivel de profesionalidad y *expertise* respecto de los intrincados legalismos; algunos son incluso demasiado pobres como para tener representantes en estas reuniones. Y los países en desarrollo, en la mayoría de los casos, están representados por una élite que ya hace tiempo se vendió al centro del capitalismo global. Los

ricos y poderosos establecen las reglas, y las reglas, obviamente, favorecen a los ricos y poderosos. El regateo es un asunto intra-élite, pero como resultado de la militancia popular está emergiendo un desafío.

Permítaseme revisar el origen de la OMC, cómo trabaja, y por qué los manifestantes quieren un cambio revolucionario en el comportamiento de las corporaciones transnacionales en el sistema mundial. Comencemos en La Habana en 1948, donde la mayoría de las naciones líderes en el comercio se reunieron para acordar la formación de una Organización Internacional del Comercio (OIC). La idea y el texto para la organización propuesta, surgieron de los Estados Unidos. La Organización Internacional del Comercio habría de imponer orden en el sistema mundial de comercio, a fin de evitar una espiral descendiente del tipo de la que se dió en los años ‘30 –un colapso que había amenazado la existencia misma del sistema capitalista. Dado que las corporaciones estadounidenses habían salido de la guerra sin rivales capitalistas, confiaban en que podrían prevalecer en la competencia con una Europa postrada. El hecho de que el “libre comercio” favorece a la economía dominante no era un descubrimiento nuevo. Pero el surgimiento de un poderoso sentimiento nacionalista en el congreso ante el temor de que la soberanía de los EE.UU. se perdiera frente a un gobierno mundial, y la negativa a estar atados a una agencia de gobierno internacional que pudiera en el futuro escapar al control de los EE.UU., trajo como consecuencia la no ratificación del tratado de la Organización Internacional del Comercio.

En su reemplazo se había llegado a un convenio preliminar sobre el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio (GATT), entendido como un encuadre provisorio hasta tanto se constituyera la Organización Internacional del Comercio. Con la negativa de los EE.UU. a unirse a la Organización, el GATT se transformó en permanente. No tenía poder ejecutivo, y ni siquiera era formalmente una organización, pero sin embargo, durante casi quince años, mediante una serie de rondas, fue el foro a través del cual tuvieron lugar las negociaciones para bajar las tarifas (tasas sobre las importaciones que pueden inhibir y, si son lo suficientemente altas, impedir el comercio). En retrospectiva, algunos economistas fundamentalistas de mercado, y otros, se alegran de que la Organización Internacional del Comercio no se tornara funcional, justamente porque era una criatura de su tiempo. En el período de postguerra, todas las naciones acordaron que el pleno empleo era un objetivo central para

“Dichas organizaciones declararon que las reglas y procedimientos de la OMC eran antidemocráticas y sólo sirven para marginalizar aún más a la mayoría de la población mundial, entrampada en la inestabilidad y degradación social del proceso de globalización sin control social.”

cualquier acuerdo económico internacional, que los derechos de los trabajadores debían ser protegidos, que un excesivo poder del mercado y la dominación por parte de las grandes corporaciones debía ser desalentado mediante leyes antimonopólicas y que las naciones emergentes, más débiles, debían recibir tratamiento preferencial a fin de ayudarlas a superar el legado de la dominación colonial y el subdesarrollo. Todos estos principios eran parte del encuadre de la Organización Internacional del Comercio.

Ninguno es parte de la OMC, Organización Mundial del Comercio, creada en 1995 al superarse cierta oposición del congreso norteamericano (una vez más, por parte de aquellos que temían perder su soberanía). En su primer reunión en Singapur en 1996, luego de una ardiente discusión acerca de los derechos de los trabajadores y la protección del medio ambiente, se decidió que éstos no eran asuntos relativos al comercio y que no deberían ser tratados por la OMC, ni tampoco habría de establecerse un tratamiento especial para los países en desarrollo, sino que más bien se lo reduciría progresivamente para crear “un campo de juego parejo para todos”. Ciertamente no iba a haber cláusula alguna para controlar al capital transnacional, como lo deseaban las naciones en desarrollo en su llamado a un Nuevo Orden Económico Internacional en las Naciones Unidas en los años ‘70, que los países más ricos habían resistido. Para la OMC, la desregulación (y una mayor libertad para que el capital transnacional haga lo que quiera, donde y cuando quiera) es la única agenda.

En el preámbulo de la OMC se enumeran todo tipo de ideas nobles e intenciones positivas: que el comercio debiera contribuir a un aumento de los estándares de vida, asegurar el pleno empleo, respetar el medio ambiente. Pero de hecho no hay nada en su modo de operar que se relacione con estos asuntos. En el mecanismo de revisión de la política comercial de la OMC no hay nada respecto de la evaluación del impacto de sus reglas sobre los trabajadores, los consumidores y el desarrollo sustentable. El postulado fundamental de la OMC es que la liberalización del comercio y la inversión llevan a más competencia, mayor eficiencia de mercado, y por ende, necesariamente, a un mayor estándar de vida. Si los factores de la producción –trabajo, capital y tierra (incluyendo los bienes medioambientales)– están adecuadamente tasados, serán usados de la mejor manera posible como cortesía de la Mano Invisible, o por lo menos eso reza la fábula.

Otras preocupaciones –derechos humanos, derechos laborales y consideraciones medioambientales– no son asunto de la OMC, una organización con poder de coerción sobre los gobiernos nacionales. Más bien son relegados a otras organizaciones internacionales con propósitos especiales, sin poder sobre las Corporaciones Transnacionales o sus gobiernos. Esta división entre las instituciones poderosas (el Fon-

do Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OMC, que se ocupan del dinero) y las organizaciones sin poder (que se ocupan de las preocupaciones que son importantes para la vasta mayoría de los ciudadanos del mundo), permite que las agendas de las grandes corporaciones se lleven adelante mientras que se enuncia un borboteo interminable de retórica del tipo “siento tu dolor”.

Supuestamente, un campo de juego igual para todos debería quedar asegurado mediante el mecanismo de resolución de disputas de la OMC y la aplicación de sus veredictos por parte del país que ha denunciado con éxito a los



transgresores. Sin embargo, no hay reconocimiento de que los países pobres corren con desventaja en semejantes procedimientos legales adversos, y de que a menudo no se atreven a desafiar o imponer opiniones en contra de naciones más poderosas debido al efecto de palanca que los ricos tienen sobre los pobres y menos poderosos. No se trata de un proceso en el que la comunidad mundial usa el poder colectivo de una mayoría democrática para hacer cumplir las reglas. Más bien prevalece un concepto de justicia individualista, puramente formal, en el cual ‘iguales’ legalmente, que en realidad no son iguales, se enfrentan en un combate uno a uno. Este sistema, al igual que el sistema legal de EE.UU., erradica efectivamente cualquier desafío real a los ricos y poderosos.

Más aún, sólo los países tienen *standing*: el derecho a participar en los procesos de la OMC. Pueblos indígenas como los Ogone, que podrían enfrentarse a lo que Shell está haciendo a sus tierras (con la participación anuente del gobierno represivo de Nigeria), no lo tienen. Ni tampoco lo tienen los habitantes de Nueva Guinea occidental, dado que el *standing* sólo se acuerda a los gobiernos –como el gobierno de Indonesia, que se niega a respetar los derechos de los habitantes de Nueva Guinea occidental, asesina a quienes protestan y roba sus recursos, dejando a su medio ambiente en estado de devastación. Tampoco hay *standing* para las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs), algu-

nas de las cuales podrían fomentar los derechos de las poblaciones indígenas o los trabajadores de las fábricas que son reprimidos, encarcelados y asesinados por sus gobiernos en el interés de un “buen” clima de trabajo para las multinacionales. La OMC es un foro para los derechos comerciales del capital, en términos negociados por las agencias de los gobiernos que representan precisamente a los intereses del capital. Ningún otro derecho importa.

En la última de las negociaciones del GATT, la Ronda Uruguay de 1986 a 1994, las industrias de servicios estadounidenses (como Federal Express, American Express, y otras firmas de servicios financieros y empresarios que buscan acelerar su penetración en los mercados globales) tuvieron éxito en la insistencia de los delegados de EE.UU. por forzar la apertura de los mercados extranjeros a sus productos. El Departamento de Comercio de los EE.UU. estableció comités de consulta formales, que tienen a su vez subcomités para diferentes sectores, cuyos representantes dicen a los negociadores del gobierno lo que quieren obtener de las negociaciones. El resultado fue un Acuerdo General sobre el Comercio en Servicios (GATS) que sentó precedente. El Consejo de los EE.UU. sobre Negocios Internacionales, con una membresía de más de trescientas Corporaciones Transnacionales basadas en los EE.UU., firmas legales y asociaciones de negocios, presiona en pos de un acuerdo sobre propiedad intelectual relativo al comercio (TRIPs), dado que buena parte de las ganancias de estas corporaciones provienen de esa área. Demandaban, y obtuvieron, medidas de inversión relacionadas con el comercio (TRIMs), las cuales aseguraban que otros países no discriminarían a favor de sus industrias nacionales, dificultando la penetración de transnacionales estadounidenses en sus mercados.



Otros grupos de lobby poderosos presionaron a los negociadores europeos (como la Mesa Redonda Europea, en la que se sientan sus principales ejecutivos). El Diálogo Comercial Transatlántico, un foro donde los principales ejecutivos

de Europa y Estados Unidos intentan amistosamente resolver sus diferencias, ayuda a llevar adelante estos procesos. En estas reuniones de trastienda estuvieron ausentes las pequeñas empresas, los grupos de consumidores, los trabajadores, y la mayoría de los gobiernos del mundo. Para el momento en que la OMC se reúne a considerar un asunto, éste ya ha sido cuidadosamente tratado en reuniones como las organizadas por la Comisión Trilateral o el encuentro anual del poder en Davos, Suiza, donde los grandes y no tan buenos se encuentran para desarrollar posiciones que luego son adoptadas por las organizaciones internacionales formales.

Los gobiernos han accedido a la demanda del capital transnacional de que no debiera permitirse a ningún país discriminar sus productos e inversiones. El capital transnacional quisiera tener derecho a demandar directamente a cualquier gobierno que intente algo semejante (eso es parte de lo que los acuerdos multilaterales sobre inversión, por ejemplo el AMI, se proponen), pero por ahora debe actuar a través de la agencia de cada gobierno nacional. Tales derechos corporativos son ya la base de demandas como la presentada contra el estado de Massachusetts respecto de un estatuto prohibiendo al gobierno comprar bienes hechos por compañías que operan en Birmania. La ley convenció a compañías como Apple y Eastman Kodak de que dejaran de hacer negocios con este estado represivo dominado por militares. Las firmas japonesas y europeas prefirieron demandar a Massachusetts por violar las leyes de no discriminación de la OMC en lo que respecta a compras gubernamentales. Bajo dichas reglas, los efectivos *boycotts* de los gobiernos locales y nacionales en contra del apartheid en la Sudáfrica racista no habrían sido permitidos.

El Representante Comercial de los EE.UU. está impulsando (en nombre de los gigantes estadounidenses) el derecho a competir con los sistemas de salud nacionales europeos para proveer asistencia médica, lo cual llevaría a la destrucción de los actuales (y ampliamente superiores) sistemas de asistencia médica que existen en la mayor parte de Europa. Otras demandas incluyen la de un servicio de envío de correspondencia contra el “monopolio” del gobierno europeo de los servicios postales, que tendría un impacto similar sobre el derecho de los gobiernos democráticamente elegidos a tomar sus propias decisiones acerca de cómo se reparte la correspondencia.

En otro caso las leyes medioambientales estadounidenses fueron desafiadas con éxito, forzando a los EE.UU. a diluir las medidas de protección. Bajo la ley estadounidense, el atún pescado con redes diseñadas de forma tal que provocan la muerte de numerosos delfines en el proceso, no puede venderse en el país. Pero ésta era una “práctica comercial injusta”. A la OMC no le importa cómo se pesca el atún, o si los camarones son pescados de forma tal que se

mata a las tortugas marinas gigantes, o si un producto se fabrica valiéndose de trabajo infantil, y por ende estas cuestiones no pueden ser motivo de consideración por parte de los gobiernos miembros.

El gobierno de Clinton ha sido veloz para usar a la OMC a los efectos de reducir los estándares de salud y medio ambiente en todo el mundo en nombre de las grandes corporaciones a las que sirve. Los Estados Unidos desafiaron los requerimientos de testeo de residuos de pesticidas para las importaciones agrícolas. En 1998, y nuevamente en 1999, la OMC dictaminó que los estándares de Japón son más altos que los suyos para residuos de pesticidas; por ende, los japoneses deben ahora aceptar niveles más bajos. Guatemala siguió los lineamientos de OMS/UNICEF para prohibir aquellos *packagings* que igualaran 'fórmula infantil' a 'bebés saludables', pero Gerber Corporation logró que el Departamento de Estado norteamericano argumentara que ello interferiría con sus derechos de propiedad intelectual, y amenazara con una recusación por parte de la OMC. Consecuentemente, Guatemala ahora permite un etiquetado en esta área que va en contra

de los lineamientos de OMS y UNICEF. La OMC, en nombre del gobierno de Clinton, dice a los europeos que no pueden prohibir la carne con hormonas, porque no pueden probar de manera satisfactoria para la OMC que ello comporta un riesgo para la salud. En el pasado, eran los productores quienes debían probar que sus productos eran seguros, y los representantes responsables, elegidos democráticamente, quienes decidían. Bajo el dominio de la OMC, son los gobiernos quienes deben proveer pruebas concluyentes. Por ende, las transnacionales consiguen los acuerdos que quieren en las reuniones secretas realizadas para resolver disputas, en las cuales las ONGs y otras partes interesadas no pueden participar.

Los derechos de las corporaciones incluyen ahora lo que se denomina biopiratería: robo y patentamiento de materiales genéticos y conocimientos tradicionales de las comunidades indígenas. Dicho robo intelectual se ha vuelto prevaleciente. Yves St. Laurent, luego de importar una flor en particular (*cananga odorata*, o como se la conoce en las Filipinas, donde se la cultiva, *ilang-ilang*), estableció sus propias plantaciones en África y obtuvo una patente sobre el perfume derivado de las especies nativas filipinas. En otro caso, el árbol *neem* de la India es la fuente de treinta y cinco patentes, mayormente debido a las propiedades pesticidas de la planta. Los usuarios locales que han conocido y

sacado provecho de las propiedades de la planta no reciben nada a cambio de la apropiación de este conocimiento por parte de las firmas europeas y estadounidenses.

Bajo el acuerdo TRIPs, todo conocimiento se declara propiedad, y alguien debe poseerlo. Hay ahora "inventores" de microorganismos (que poseen tanto a los microorganismos como a los derechos relativos a ellos). Los endulzantes derivados de plantas largamente cultivadas por agricultores en India, y los analgésicos desarrollados en China, han sido robados por las Corporaciones Transnacionales. Estamos viendo asimismo pasos importantes en pos de patentar semillas, reduciendo la biodiversidad de la agricultura.

En las Filipinas, MASIPAG (un esfuerzo dirigido por agricultores y administrado en forma comunitaria en pos del cultivo y la conservación de arroz y vegetales) se opone a la noción de que las semillas son "recursos genéticos" anónimos, gratuitos para las corporaciones agrocomerciales transnacionales. En todo el mundo, tales Davides están enfrentando a los Goliaths de las Corporaciones transnacionales. Gracias a organizaciones tales como GRAIN

“Los derechos de las corporaciones incluyen ahora lo que se denomina biopiratería: robo y patentamiento de materiales genéticos y conocimientos tradicionales de las comunidades indígenas. Dicho robo intelectual se ha vuelto prevaleciente.”

(Genetic Resources Action International, en Barcelona, España), el Instituto Transnacional en Amsterdam, y otros grupos, así como a los escritos de abogados especializados en el interés público, estamos informados acerca de lo que el libre comercio significa para la gente en todo el mundo.

No sólo la biodiversidad, una herencia común a toda la humanidad, está en grave riesgo de ser robada, sino que los esfuerzos para patentar semillas y aumentar las rentas monopólicas que se cobran a los agricultores incrementarán los precios de los alimentos y reducirán los ingresos de los agricultores. Monsanto, un asesor que participó en el Comité de Propiedad Intelectual durante las negociaciones del GATT y la OMC, está intentando encadenar las ventas de sus semillas y pesticidas mediante el agrupamiento de productos, forzando a los usuarios a permitir la inspección de sus campos, de modo tal que pueda comprobar que estén en conformidad con los requerimientos de la compañía. La firma está asimismo entre aquellos que combaten los esfuerzos europeos por evitar sus productos agrícolas genéticamente diseñados, valiéndose de la maquinaria de la OMC.

Pero ahora, muchos compañeros preocupados e inteligentes han comenzado a manifestarse en contra de una OMC no elegida y no democrática que toma decisiones respecto de qué está permitido y qué no, no sólo en lo que respecta a pro-

ductos alimenticios, sino también en asuntos básicos como qué es privado y qué es público. Tales preocupaciones han provocado una amplia oposición al poder de la OMC y a su *modus operandi* que pone las ganancias operativas por encima de toda otra consideración. La batalla continúa —este enfrentamiento de David y Goliath; entre la OMC, las Corporaciones Transnacionales y los más poderosos gobiernos del mundo, y los consumidores, productores de base y aquellos grupos dedicados a los derechos laborales y medioambientales que los ayudan a defender sus causas. El movimiento de los trabajadores estadounidenses ha prestado atención a esto, y tal como se vio en Seattle, comenzó a moverse más allá de las estrechas preocupaciones nacionalistas, en torno a nociones de solidaridad global.

Y ahora los *big guys* están preocupados; chillidos de furia aparecen en la página editorial de *The Economist*. Las campañas de base en contra de Nike, la gigantesca compañía de indumentaria deportiva, han sido muy efectivas. Ayuda el hecho que, cuando la

prensa va a investigar reclamos realizados por activistas de los derechos laborales, los periodistas sean detenidos y algunas veces encarcelados. El reportero Mark Clifford fue encarcelado en Indonesia, y sintió en su propia carne cómo la pasan los trabajadores en las plantas de subcontratación de las transnacionales. El artículo de Clifford en *Business Week* llevó por título “Por dentro, es el infierno”, y detallaba los jornales y las condiciones de trabajo que los activistas se habían esforzado por dar a conocer. Historias similares se han publicado en el *New York Times*, en el *Washington Post*, y en otras partes. Los grupos que defienden los derechos de los trabajadores están encendiendo los reflectores en dirección a Nike, The Gap, Disney y otros explotadores.

Demandas legales por parte de abogados especializados en interés público a Texaco por la expoliación del Oriente (una parte de la cuenca del Amazonas en Ecuador) en los tribunales estadounidenses han comenzado a tener una cobertura importante, y a preocupar a otras transnacionales. Texaco, por supuesto, declara que ha cumplido con todas las regulaciones del gobierno ecuatoriano. Pero de acuerdo con los activistas del medio ambiente, Texaco ha contaminado y luego abandonado una selva que durante largo tiempo ha dado sustento a la vida humana, dejando un amenazador desastre médico por delante para los residentes de la región.

Por medio de campañas de relaciones públicas y demandas legales, acompañadas de enormes y visibles demostraciones como la de Seattle, un movimiento de protesta está cobrando impulso, desafiando el dominio del capital

transnacional y las agencias que cumplen sus órdenes. El libre comercio es visto cada vez más como antitético respecto de un intercambio justo, derechos humanos básicos, buenas condiciones de trabajo, niveles adecuados de compensación, protección del medio ambiente, y reparto equitativo de la herencia común a la humanidad.

La OMC cree que enfrenta un desafío en términos de relaciones públicas. Por cierto que sí. Pero más allá de eso, enfrenta a un bien informado movimiento de base cuya magnitud es creciente. Cuanto más sepan los ciudadanos acerca de los valores que la OMC promueve y los planes de acción que defiende, mayor será el crecimiento de la oposición. Un vocero de la

“El libre comercio es visto cada vez más como antitético respecto de un intercambio justo, derechos humanos básicos, buenas condiciones de trabajo, niveles adecuados de compensación, protección del medio ambiente, y reparto equitativo de la herencia común a la humanidad.”

OMC desecha las críticas sobre la base de que hacen más mal que bien. “Decir que la OMC es perjudicial es decir literalmente que el mundo estaría mejor sin un conjunto multilateral de reglas relativas al comercio”, dijo. “Es un sinsentido manifiesto. Nadie podría defender esa posición seria-

mente”. Pero aquellos que se opusieron a la OMC en las calles de Seattle y en otros puntos de reunión no están en contra de que haya reglas para gobernar la economía global. De hecho, quieren reglas —reglas para controlar la voracidad del capital. No se trata de optar por ‘reglas’ o ‘no reglas’. El movimiento está poniendo un conjunto alternativo de reglas sobre la mesa.

Lo que los movimientos populares objetan, y la OMC comprende muy bien, es que ahora los soberanos hacen las reglas y el resto estamos obligados a obedecerlas. El desafío es de hecho al entramado comercial en su conjunto, que la OMC describe como ‘maximizar el propio interés por medio del intercambio económico’; es, en rigor, un régimen de comercio que maximiza los intereses de las corporaciones gigantescas por medio de la eliminación de las barreras impuestas por los estados que ahora, hasta cierto punto, restringen la acción de las corporaciones transnacionales. Se necesitan leyes más fuertes en el interés de los valores a los que adhiere la vasta mayoría de los ciudadanos del mundo. Aquellos que entienden que estas prácticas liberalizadoras del comercio dañan la dignidad humana, la justicia social y el desarrollo sustentable, deben rechazar la afirmación de que sus reglas son las mejores, y más aún la afirmación de que son las únicas. No lo son, y había decenas de miles de Davides y Davidas en las calles no sólo de Seattle, sino también de Londres, París y muchos otros lugares en demostraciones, clases abiertas, y otras formas de construir un movimiento de resistencia. Goliath, ten cuidado: el poder de las personas reales está en poderosa ebullición, y las bases están en decidido movimiento.

Controlar nuestras vidas

Por Noam Chomsky*

No es exagerado afirmar que el esfuerzo por controlar nuestras vidas ha sido un tema dominante de la historia mundial, el cual ha crecido en importancia en estos últimos siglos como resultado de cambios dramáticos en las relaciones humanas y en el orden mundial. El tema es demasiado largo para discutirlo aquí en profundidad y deberé recortarlo drásticamente. Primero me limitaré a las manifestaciones del presente y a algunas de las raíces de la cuestión, enfocándome luego en lo que puede depararnos el futuro, particularmente en la arena global, que no es de ninguna manera la única esfera en la que esos temas emergen.

En este último año los temas globales han sido abordados principalmente en términos de nociones de soberanía, esto es, del derecho de las entidades políticas a seguir su propio camino, que puede ser benigno o desagradable, pero libre de interferencia externa. En el mundo real eso significa interferencias de un poder altamente concentrado, con su centro más importante en los Estados Unidos. Este poder global concentrado es llamado de distintas maneras, en función de qué aspecto de la soberanía o la libertad uno considere. Así, a veces, es llamado el Consenso de Washington, o el complejo de Wall Street y la Tesorería, o la OTAN, o la burocracia económica internacional (la Organización Mundial de Comercio, el Banco Mundial y el FMI), o el G-7 (los países ricos, occidentales e industriales) o el G-3, o más preciso, usualmente, el G-1. Desde una perspectiva más fundamental, a pesar de que toma más tiempo decirlo, podríamos describirlo como un surtido de mega-corporaciones, a menudo unidas entre sí por alianzas estratégicas, administrando una economía global que es, de hecho, un tipo de mercantilismo corporativo tendiente a la oligarquía en la mayoría de los sectores, fuertemente dependiente del poder estatal para socializar riesgos y costos y mantener a raya a los elementos recalcitrantes.

* Profesor del Departamento de Lingüística, Massachusetts Institute of Technology.

El presente artículo es una versión resumida por Atilio A. Borón de una conferencia dictada por Noam Chomsky en el Auditorio Kiva, en Albuquerque, Nuevo México, el 26 de febrero de 2000.

*Traducción realizada por Isabela Alcañiz
Revisión técnica de Atilio A. Borón*



En el pasado año el problema de la soberanía ha surgido en dos áreas. Una tiene que ver con el derecho del soberano a la seguridad frente a las intervenciones militares. Aquí las preguntas surgen en relación a un orden mundial de estados soberanos. La segunda refiere al problema de los derechos soberanos en virtud de las intervenciones socio-económicas. Este problema surge en un mundo que está dominado por corporaciones multinacionales, y especialmente en los años recientes, por instituciones financieras, y por todo un marco que ha sido construido para servir a sus intereses —cuestión que surgió dramáticamente en Seattle este último noviembre.

La primera categoría, la de la intervención militar, fue un tema vívidamente discutido el año pasado. Dos casos tuvieron particular significancia, atención, prominencia: Timor Oriental y Kosovo. Hay mucho que decir sobre estos asuntos y mucha información nueva sobre ellos que me gustaría discutir, pero desgraciadamente voy a tener que dejar de lado este tema. Déjenme entonces pasar a la siguiente cuestión, que es la que desarrollaré: el tema de la soberanía, la libertad, los derechos humanos en la arena socio-económica.

Primero un comentario general: la soberanía no es un valor en sí mismo. Es sólo un valor en tanto se vincula con la libertad y los derechos, ya sea expandiéndolos o restringiéndolos. Quiero dar por sentado algo que puede parecer obvio, pero es de hecho controversial: que hablando de li-

bertad y derechos, tenemos en mente sujetos humanos; esto es, personas de carne y hueso, no abstracciones políticas y construcciones legales como corporaciones o estados o capital. Si estas entidades tienen cualquier derecho, lo cual es dudoso, éstos derivan de los derechos de la gente. Este es el nudo de la doctrina liberal clásica. Ha sido también el principio rector de la lucha popular por siglos, aunque fuertemente atacado. Es atacado por la doctrina oficial pues se oponen a él los sectores de la riqueza y el privilegio, tanto en el ámbito político como en el socio-económico. Yo les voy a pedir que mantengan esa pregunta en suspenso por unos momentos para poder decir unas palabras preliminares.

En la esfera de lo político, el típico lema es “soberanía popular en un gobierno de, por y para el pueblo”, pero el marco operativo es bastante diferente. El marco operativo es que el pueblo es considerado un enemigo peligroso. Tiene que ser controlado por su propio bien. Estas cuestiones se remontan a siglos atrás, a los tiempos de las revoluciones democráticas modernas de Inglaterra del siglo XVII y a las colonias norteamericanas un siglo después. En ambos casos, los demócratas fueron vencidos, no completamente ni cierta-

mente en forma permanente, de ninguna manera. En la Inglaterra del siglo XVII, buena parte de la población no quería ser gobernada por el rey ni por el parlamento. Recuerden que éstos eran los dos rivales en la versión estándar de la guerra civil, pero como la mayoría de las guerras civiles, una buena parte de la población no quería a ninguno de los dos. Como lo decían sus panfletos, querían ser gobernados “por compatriotas como nosotros, que conocen nuestros deseos” y no por “caballeros [que] nos hacen leyes, que son elegidos por temor y sólo nos oprimen, y no conocen los sufrimientos de la gente”.

Estas mismas ideas animaron a los granjeros rebeldes de las colonias un siglo después, pero el sistema constitucional fue diseñado en forma bastante distinta. Fue diseñado para bloquear esa herejía. El objetivo era “proteger a la minoría de la opulencia de la mayoría” y asegurar que “el país sea gobernado por sus propietarios”. Estas son las palabras del principal diseñador, James Madison, y del presidente del Congreso Continental y primer presidente de la Corte Suprema de Justicia, John Jay. Su concepto prevaleció, pero los conflictos continuaron. Continuamente toman nuevas formas, pero están vivos ahora mismo. Sin embargo, la doctrina elitista se mantiene esencialmente imperturbable.

Avanzando hasta el siglo XX (aquí me mantendré en el costado liberal progresivo del espectro, es más duro del otro

lado), la población es vista como “ignorantes y metidos de afuera” cuyo rol es ser “espectador” no “participante” más allá de las oportunidades periódicas de elegir entre los representantes del poder privado. Esto es, las llamadas elecciones. En las elecciones, la opinión pública es considerada esencialmente irrelevante, si entra en conflicto con las demandas de la minoría de la opulencia, propietarios del país. Estamos viendo eso ahora mismo, de hecho.

Un ejemplo llamativo (hay muchos) tiene que ver con el orden económico internacional, con los llamados acuerdos comerciales. La población general, como lo aclaran las encuestas, está fuertemente opuesta a lo que mayormente sucede, pero estos temas no se plantean en las elecciones. No es un tema de las elecciones porque los centros de poder, la minoría de la opulencia, están unidos para respaldar la institución de un tipo particular de orden socio-económico.

Entonces el tema no aparece. Las cosas que se discuten son aquellas que no les importan demasiado, como cuestiones de estilo o de reforma, que saben no serán implementadas. Si el público general, como a menudo hace, busca organizarse y entrar en la arena política,

participar, presionar por sus propios intereses, eso es un problema. No es democracia, es una “crisis de la democracia”, que tiene que ser resuelta.

Estamos hablando de un enorme proyecto de ingeniería social, que viene desarrollándose desde hace siglos, pero se intensificó durante el siglo pasado. Hay muchas maneras de implementarlo, algunas las mencioné anteriormente y no requieren más ilustración por ser demasiado típicas. Otras van dirigidas a minar la seguridad, y aquí también hay diferentes maneras de efectivizarlas. Una forma de minar la seguridad es la amenaza del cambio del empleo.

Otro mecanismo es promover lo que se ha dado en llamar la “flexibilidad del mercado laboral”. Déjenme citar al Banco Mundial, que lo puso en términos sencillos, ellos dijeron que: “mayor flexibilidad en el mercado de trabajo –a pesar del mal nombre que ha adquirido como un eufemismo de salarios bajos y desempleo” (que es justamente lo que es)– “es esencial en todas las regiones del mundo... las reformas más importantes involucran eliminar obstáculos a la movilidad del trabajo y la flexibilidad salarial, así como la ruptura de los lazos entre los servicios sociales y los contratos laborales”. Esto significa recortar los beneficios y los derechos que han sido ganados durante generaciones de amarga lucha.

“En la esfera de lo político, el típico lema es “soberanía popular en un gobierno de, por y para el pueblo”, pero el marco operativo es bastante diferente. El marco operativo es que el pueblo es considerado un enemigo peligroso. Tiene que ser controlado por su propio bien.”

Cuando se habla sobre levantar los controles de la flexibilidad salarial, quieren decir flexibilidad hacia abajo, no hacia arriba. La discusión sobre movilidad laboral no significa el derecho de la gente a moverse a donde ellos quieren, como ha sido requerido por la teoría del mercado libre desde Adam Smith, sino el derecho de despedir empleados a voluntad. Y, bajo la actual versión de la globalización basada en los inversores, el capital y las corporaciones deben ser libres de moverse, pero no la gente, porque sus derechos son secundarios, incidentales.

Estas “reformas esenciales”, como las llama el Banco Mundial, son impuestas en buena parte del mundo como condiciones del Banco Mundial y el FMI. También son introducidas en los ricos países industrializados por otros medios. Alan Greenspan testificó ante el Congreso que la “mayor inseguridad laboral” era un factor importante para lo que se llama “economía de fantasía” [*fairytale economy*]. Mantiene la inflación baja porque los trabajadores temen pedir salarios y beneficios. Se sienten inseguros. Y eso se ve claramente en los documentos estadísticos. En los últimos 25 años, durante este período de retracción, los salarios no sólo no han crecido sino que han bajado para la mayor parte de la fuerza laboral, especialmente para los trabajos no jerárquicos. Las horas de trabajo se han incrementado drásticamente (se han convertido en las más altas del mundo industrial) de lo cual ha tomado nota, por supuesto, la prensa de negocios que lo describe como un “bienvenido desarrollo de trascendental importancia”, con la gente trabajadora forzada a abandonar “sus lujosos estilos de vida” mientras las ganancias corporativas son “deslumbrantes” y “estupendas” (Wall Street Journal, Business Week y Fortune).

Para sus dependencias, medidas menos delicadas están disponibles. Una de ellas es la llamada “crisis de la deuda” que puede ser fácilmente rastreada en los programas de políticas públicas del Banco Mundial / FMI de 1970. Eso es dramáticamente cierto en América Latina, y constituye uno de sus mayores problemas. La “crisis de la deuda” no es un simple hecho económico, en modo alguno. Es, en mayor medida, una construcción ideológica. La llamada “deuda” puede ser resuelta de varias formas elementales.

Una forma de superarla sería recurriendo al principio capitalista de que los que piden prestado deben pagar y los prestamistas corren el riesgo. Entonces, por ejemplo, si Ud. me presta dinero y yo lo deposito en mi banco en Zurich y compro un Mercedes, y Ud. vuelve y me pide el dinero, se supone que yo no puedo decir, “lo siento, no lo tengo, tómelo de mi vecino”. Y si Ud. no quiere correr el riesgo del préstamo se supone que no puede decir “su vecino tendrá que pagar por usted”.

Sin embargo, esa es la forma en que funciona en la arena internacional. Eso es la “crisis de la deuda”. La deuda no

ha de ser pagada por los que la contrajeron: dictaduras militares, sus secuaces, los ricos y privilegiados en sociedades altamente autoritarias; justamente ellos no tienen que pagar. Tomemos, por ejemplo, el caso de Indonesia, donde la deuda actual es alrededor del 140% de su PBI. El dinero fue tomado por la dictadura militar y sus amigos y usado por, tal vez, un par de centenas de personas, pero tiene que ser pagado por la población bajo duras medidas de austeridad. Y los prestamistas están mayoritariamente protegidos del riesgo. Ellos consiguen lo que termina siendo un seguro libre de riesgo a través de diversos mecanismos de socialización de costos, transfiriéndolos a los que pagan los impuestos en el Norte. Es una de las funciones del FMI.

De la misma manera en América Latina, la enorme deuda latinoamericana no se diferencia demasiado de la fuga de capitales de la región, cosa que sugiere una manera simple de tratar la deuda (o buena parte de ella), si alguien fuera a creer en el principio capitalista, que es, por supuesto, inaceptable pues pone la carga en la gente equivocada, en la minoría de la opulencia.



Hay otras maneras, también, de eliminar la deuda, y están reconocidas, y también muestran hasta dónde este problema es una construcción ideológica. Otro método, aparte del principio capitalista, es el principio del derecho internacional introducido por EE.UU. cuando, como lo llaman los textos de historia, “liberó” a Cuba, queriendo decir conquistó Cuba para prevenirla de liberarse de España en 1898. Habiendo hecho eso, EE.UU. canceló la deuda cubana con España con el argumento perfectamente razonable de que la deuda fue impuesta sin el consentimiento de la población. Fue impuesta bajo condiciones coercitivas. Ese principio

entonces entró en el derecho internacional, principalmente a iniciativa de EE.UU. Es llamado el principio de la deuda odiosa. Una deuda odiosa es inválida, no tiene que ser pagada. Ha sido reconocido, por ejemplo, por el director ejecutivo estadounidense del FMI, que si ese principio estuviera disponible para las víctimas, no sólo para los ricos, la deuda del tercer mundo se disolvería mayoritariamente, porque es inválida. Es deuda odiosa.

Pero eso no sucederá. La deuda odiosa es un arma muy poderosa de control y no puede ser abandonada. Para alrededor de media población mundial, gracias a este método, la economía nacional es efectivamente dirigida por burócratas de Washington. También, media población mundial (no la misma mitad, sino superpuesta) está sujeta a sanciones unilaterales por parte de los EE.UU., que es una forma de coerción económica que, otra vez, mina gravemente la soberanía y ha sido condenada reiteradas veces, recientemente una vez más, por las Naciones Unidas, como inaceptable, aunque esto no haga ninguna diferencia.

Hay voces fuera del espectro, no quiero negarlo. Por ejemplo, está la idea que la “gente tendría que tener el derecho a participar de las decisiones, que a menudo modifican profundamente sus vidas” y no que sus esperanzas se vean “cruelmente perdidas” en un orden global en donde “el poder político y financiero es concentrado” mientras que los mercados financieros “fluctúan erráticamente” con consecuencias devastadoras para los pobres, las “elecciones pueden ser manipuladas” y “los aspectos negativos de los demás son considerados completamente irrelevantes” por los poderosos. Estas son citas del extremista radical del Vaticano cuyo mensaje anual de Año Nuevo apenas pudo ser mencionado en la prensa nacional y es ciertamente una alternativa que no está en la agenda.

Bueno, esa es la amenaza: la amenaza de tomar nuestras vidas en nuestras propias manos. Dicha amenaza tenía que ser destruida por medio del terrorismo y el ahogo económico, que aún continúa. Todo esto es totalmente independiente de la guerra fría, como seguramente es obvio ahora, aún sin los archivos secretos. Las mismas preocupaciones en el período de post-guerra fría llevaron al presidente Bush y a Clinton a socavar rápidamente el breve experimento democrático haitiano, continuando su agenda anterior.

La misma preocupación descansa detrás de los acuerdos de libre comercio –por ejemplo el NAFTA. Cuando fue firmado el NAFTA, seguramente recuerdan, la propaganda era que sería de magnífica utilidad para la gente trabajadora de los tres países –Canadá, EE.UU. y México. Bueno, eso fue abandonado poco tiempo después, cuando los hechos fueron agregados. Y lo que fue obvio desde el principio fue finalmente públicamente aceptado. El objetivo era “trabar a México en las refor-

mas” de los ‘80, las reformas que redujeron salarios drásticamente y enriquecieron a un pequeño sector y a los inversores extranjeros. Estas preocupaciones de fondo fueron articuladas en una conferencia de desarrollo estratégico de América Latina en Washington, una mesa de trabajo en 1990. Dicha conferencia advirtió que “una apertura democrática en México podría poner en entredicho esta relación especial al elegir un gobierno más interesado en disputar con los EE.UU. en términos económicos y nacionalistas”. Las mismas razones están detrás de medio siglo de tortura y terror, no sólo en el hemisferio occidental. Y éstas se encuentran en el centro de los acuerdos sobre los derechos de los inversores que son impuestos bajo esta forma específica de la globalización que fue diseñada por el nexo de poder del estado corporación.

Volvamos a aquello que les pedí poner en suspenso cuando comenzamos: el debatido problema de la libertad y los derechos, por tanto de la soberanía, tal y como debe ser valorada. ¿Reside en personas de carne y hueso o sólo en pequeños sectores de riqueza y privilegio? ¿O incluso en construcciones abstractas como corporaciones, o capital, o estados? En este último siglo la idea de que estas entidades tienen derechos especiales, por encima y más allá de las personas, ha sido fuertemente defendida. Los ejemplos más prominentes son los bolcheviques, el fascismo, y el corporativismo privado, que es una forma de tiranía privatizada. Dos de estos sistemas han colapsado. El tercero está vivo y floreciendo bajo la bandera de TINA (*There Is No Alternative, No Hay Alternativa*) del sistema emergente de mercantilismo corporativo de estado disfrazado con distintos mantras como globalización y comercio libre.

Problemas similares, muy similares, están vigentes en la arena internacional hoy, en particular en las discusiones sobre la reforma de la arquitectura financiera. Un siglo atrás, a las corporaciones les fueron otorgados los derechos de las personas en extrema violación de los principios liberales clásicos. También fueron liberadas de obligaciones anteriores para ocuparse de actividades específicas para las cuales fueron creadas. Más aún, en una maniobra importante, las cortes de justicia transfirieron poder hacia arriba, de los accionistas



en una sociedad a la administración central, que era identificada como la persona corporativa inmortal. Aquellos de uds. que estén familiarizados con la historia del comunismo reconocerán que resulta muy similar a este proceso, muy rápidamente predicho, de hecho, por críticos de izquierda, marxistas de izquierda y anarquistas críticos de los bolcheviques, gente como Rosa Luxemburgo, quien avisó en forma temprana que la ideología centralizante transferiría poder del proletariado al partido, de ahí al comité central, y después al líder máximo, como sucedió rápidamente luego de la conquista del poder estatal en 1917, que inmediatamente destruyó cada residuo de las formas y principios socialistas. Los propagandistas de los dos lados prefieren una historia diferente para auto-justificarse, pero yo creo que eso es así.

En años recientes, se les ha otorgado derechos a las corporaciones que van mucho más allá de los derechos de los individuos. Bajo las reglas de la Organización Mundial del Comercio, las corporaciones pueden demandar lo que es llamado el derecho al “tratamiento nacional”. Eso quiere decir que la General Motors, si opera en México, puede exigir ser tratada como una compañía mexicana. Ahora bien, eso es sólo un derecho de personas inmortales; no es un derecho de personas de carne y hueso. Un mexicano no puede venir a Nueva York y exigir ser tratado como un nacional y que le vaya muy bien, pero las corporaciones sí pueden.

Otras reglas requieren que los derechos de inversores, prestamistas y especuladores deben prevalecer generalmente sobre los derechos de meras personas de carne y hueso, debilitando la soberanía popular y disminuyendo los derechos democráticos. Las corporaciones, estoy seguro que uds. saben, tienen diversos mecanismos para llevar a juicio a estados soberanos, y hay casos interesantes. Por ejemplo, Guatemala, algunos años atrás trató de reducir la mortalidad infantil por medio de la regulación del mercado de multinacionales de fórmula infantil. Las medidas que Guatemala propuso estaban en conformidad con los principios de la Organización Mundial de la Salud, pero la Corporación Gerber denunció expropiación y la amenaza de una queja en la OMC fue suficiente para que Guatemala modificara su decisión, temiendo sanciones por parte de EE.UU.

Estos temas están surgiendo dramáticamente y, de hecho, en forma obscena en la actualidad. Decenas de millones de personas alrededor del mundo están muriendo de enfermedades tratables debido a los elementos proteccionistas

establecidos en las reglas de la OMC que le dan a las mega-corporaciones privadas derechos monopólicos de precio. Así, por ejemplo, Tailandia y Sudáfrica, que tienen compañías farmacéuticas, podrían producir drogas que salvarían vidas a una fracción del costo del precio de monopolio, pero temen hacerlo bajo amenaza de sanciones comerciales. De hecho, en 1998 los EE.UU. llegaron a amenazar a la OMS que retirarían su financiamiento si la misma monitoreaba los efectos de las condiciones de comercio sobre la salud. Estas son amenazas muy reales.

Todo esto es llamado “derechos comerciales”. No tiene nada que ver con el comercio. Tiene que ver con las prácticas de precios monopólicos resguardadas por medidas proteccionistas que son introducidas en los que son llamados acuerdos de libre comercio. Las medidas son diseñadas para asegurar derechos corporativos. También tienen el efecto de reducir el crecimiento y la innovación, naturalmente. Y son sólo una parte de la gama de regulaciones introducidas en estos acuerdos que previenen el desarrollo y el crecimiento. Lo que está en juego son los derechos del inversionista, no el comercio. Y el comercio,

por supuesto, no tiene ningún valor en sí mismo. Sólo es un valor si aumenta el bienestar humano, de otra manera no.

En general, el principio de la OMC es que la soberanía y los derechos democráticos tienen que ser subordinados a los derechos de los inversionistas. En la práctica eso quiere decir los derechos de las grandes personas inmortales, de las tiranías privadas a las que las personas deben ser subordinadas. Estos son los temas que llevaron a los increíbles eventos de Seattle.

Estos temas, aunque son muy reales y afectan a un enorme número de gente en el mundo, son en realidad secundarios a otras modalidades para reducir la soberanía en favor del poder privado. Más importante aún, creo, fue seguramente el desmantelamiento del sistema de Bretton Woods en los primeros años de la década del '70 por parte de los EE.UU., Gran Bretaña y otros. Ese sistema fue diseñado por EE.UU. y Gran Bretaña en los años '40. Fue una época de enorme apoyo popular para programas de bienestar social y medidas democráticas radicales. En parte por esas razones el Sistema de Bretton Woods de mediados de la década del '40 regulaba las tasas de intercambio y permitía controles sobre el flujo de capitales. La idea era recortar la especulación derrochadora y dañina, y restringir la fuga de capitales. Las razones eran bien entendidas y claramente articuladas—el libre

“Decenas de millones de personas alrededor del mundo están muriendo de enfermedades tratables debido a los elementos proteccionistas establecidos en las reglas de la OMC que le dan a las mega-corporaciones privadas derechos monopólicos de precio.”

movimiento de capitales crea lo que a veces es llamado “parlamento virtual” del capital global, que puede ejercer poder de veto sobre las políticas de gobierno que considera irracionales. Eso quiere decir cosas como derechos de los trabajadores, o programas educacionales, o salud, o esfuerzos para estimular la economía o, de hecho, cualquier cosa que pueda ayudar a la gente y no sea ganancia (y entonces sea irracional en el sentido técnico del término).

El Sistema de Bretton Woods funcionó más o menos por 25 años. Eso es lo que muchos economistas llamaron la “edad de oro” del capitalismo moderno (capitalismo estatal moderno, para ser más preciso). Ese fue un período, aproximadamente hasta 1970, un período de crecimiento rápido de la economía, sin antecedentes históricos, del comercio, de la productividad, de la inversión de capital, de la extensión de medidas del estado de bienestar, una época dorada. En los primeros años de la década del ‘70 esto cambió. El Sistema de Bretton Woods fue desmantelado, con la liberalización de los mercados financieros y la libre flotación de los tipos de cambio.

Desde entonces el período ha sido descripto a menudo y con precisión como la “época gris”. Hubo una gran explosión de capital especulativo de muy corto plazo, abrumando completamente a la economía productiva. Hubo un deterioro notable en casi cada aspecto: un crecimiento económico mucho más lento, crecimiento productivo y de inversión de capital más lento, tasas de interés mucho más altas, mayor volatilidad del mercado, y crisis financieras. Todas estas cosas tienen efectos humanos muy graves, aún en los países ricos: salarios congelados o en baja, jornadas laborales mucho más largas, y particularmente notorio en los EE.UU., recorte de servicios. Sólo para dar un ejemplo de la gran economía actual de la cual todos hablan, el ingreso medio para las familias se ha retrotraído a lo que era en 1989, que está bien por debajo de lo que era en 1970. También ha sido una época en que se han desmantelado medidas social-democráticas que habían mejorado considerablemente el bienestar humano. Y en general, el recientemente impuesto orden internacional proveyó aún más poder de veto al “parlamento virtual” del capital privado de inversionistas, llevando a un deterioro significativo de la democracia y los derechos soberanos y un significativo deterioro en la salud social.

Mientras que estos efectos se sienten en las sociedades ricas, son una catástrofe en las más pobres. Estos problemas

atravesan a las sociedades, así que no se trata de que esta sociedad se enriqueció y ésta se empobreció. Por ejemplo, utilizando recientes análisis del Banco Mundial, si uno toma el 5% superior de la población mundial y compara su ingreso y riqueza con el 5% inferior, la relación era de 78:1 en 1988 y 114:1 en 1993 (ese es el último período para el cual hay números disponibles) y es indudablemente más alta hoy. Las mismas estadísticas muestran que el 1% superior de la población mundial tiene el mismo ingreso que el 57% inferior, 2 billones y medio de personas.

Para los países ricos, la cosa era muy clara, para citar a un conocido economista, Barry Eichengreen, en su aclamada Historia del Sistema Monetario Internacional. Como otros, él señaló que el actual estadio de globalización es, en términos generales, similar al período de la pre-Primera Guerra Mundial. Sin embargo, hay diferencias. Una diferencia central, él explica, es que

“Es bastante natural, entonces, que el desmantelamiento del orden económico de la postguerra tenía que estar acompañado por un importante ataque sobre la democracia substantiva –libertad, soberanía popular y derechos humanos– bajo el lema TINA.”

en ese tiempo las políticas públicas del gobierno no habían sido “politizadas” por “el voto universal masculino y el surgimiento del sindicalismo y los partidos laboristas parlamentarios.” De esa manera, los graves costos humanos de la rectitud financiera que son impuestos por el parlamento virtual podían ser trasladados a la población general. Pero ese lujo ya no estaba disponible en la era más democrática de Bretton Woods en 1945, de esa manera los “límites al movimiento de capitales substituyó a los límites a la democracia como resultado de las presiones de mercado.”

Es bastante natural, entonces, que el desmantelamiento del orden económico de la postguerra tenía que estar acompañado por un importante ataque sobre la democracia substantiva –libertad, soberanía popular y derechos humanos– bajo el lema TINA. Es como una mímica en tono de farsa del marxismo vulgar. El lema, no hace falta decirlo, es un fraude. El orden socio-económico particular que está siendo impuesto es el resultado de decisiones humanas en instituciones humanas. Las decisiones pueden ser modificadas; las instituciones pueden ser cambiadas. Si fuera necesario, pueden ser desmanteladas y reemplazadas, de la misma manera que gente honesta y valiente lo ha estado haciendo a lo largo de la historia.

Emancipación, universalismo, internacionalismo

Por Michael Löwy*

Desde hace algunos años asistimos a un formidable proceso de expansión del mercado capitalista mundial que se acompaña de una victoriosa ofensiva ideológica del neoliberalismo. Contrariamente a lo que pretenden los neoliberales, esta globalización capitalista no contribuye en nada a crear un “nuevo orden mundial” pacífico y armonioso: por el contrario, ésta alimenta los temores “identitarios” y los nacionalismos tribales. La falsa universalidad del mercado mundial desata los particularismos y endurece las xenofobias: el cosmopolitismo mercantil del capital y las pulsiones identitarias agresivas se alimentan mutuamente¹. Por otro lado, bajo el manto de su discurso “mundialista”, se ocultan intereses concretos y estrictamente particulares: los de las grandes empresas multinacionales y de las potencias capitalistas avanzadas.

Algunos términos han dejado de “estar de moda”. Es el caso de la palabra imperialismo, prohibida por el pensamiento único. Sin embargo es gracias a este concepto que podemos escapar de las trampas del falso universalismo “euro-centrista” –u “occidental”– que pretende imponer a todos los pueblos del mundo, y sobre todo a los periféricos, con el pretexto de la “civilización”, la dominación del modo de vida burgués/industrial moderno: la propiedad privada, la economía de mercado, la expansión económica ilimitada, el productivismo, el utilitarismo, el individualismo posesivo y la racionalidad instrumental.

No se trata de negar el valor universal de ciertas conquistas de la cultura europea posterior a 1789, como la democracia, la laicidad y los derechos humanos. Se trata simplemente de rechazar el falso dilema entre el pretendido universalismo “occidental” y el culto de las diferencias culturales; o, en el caso de la unificación europea, entre la uni-



dad capitalista/mercantil supranacional y el repliegue nacionalista sobre las “patrias” existentes.

Es preciso reflexionar sobre las posibilidades de realización de un universal concreto (en el sentido que Hegel daba al concepto) capaz de integrar en sí, bajo la forma de la *Aufhebung* –la superación/inclusión– dialéctica, toda la riqueza de lo particular. Es decir, un universalismo que respete la diversidad de culturas sin absolutizarlas y que no sea una mera fachada del particularismo occidental.

Si nos situamos en una perspectiva humanista revolucionaria, el valor fundamental de una universalidad concreta es la liberación de los seres humanos de todas las formas de opresión, dominación, alienación y sujeción. Este valor se presenta como un imperativo ético, un imperativo categórico que el joven Marx formuló así: luchar por “suprimir todas las condiciones sociales en las cuales el ser humano es degradado, sometido, abandonado y despreciado”². Se trata de una universalidad utópica, que designa un mundo aún no existente; contrariamente a las pseudo-universalidades ideológicas que hacen la apología del statu-quo occidental como si éste fuera el universal humano acabado, el fin de la historia, el espíritu absoluto realizado. Sólo un universal crítico de este tipo, orientado hacia el futuro emancipado, permite superar los nacionalismos estrechos, los culturalismos particularistas, los etnocentrismos.

* Sociólogo, Profesor Investigador en L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París.

Traducción realizada por Emilio H. Taddei.

Esta universalidad auténtica es por lo tanto, y ante todo, emancipadora: tiene por objetivo nada menos que el fin de la dominación de una nación sobre otra, de una clase sobre otra, de un sexo sobre el otro al igual que, en otro registro, de la forma destructora de la dominación humana sobre el medioambiente natural. Es preciso señalar que el proceso de emancipación no apunta solamente a las manifestaciones directas y personales de la opresión sino también al poder insidioso, aplastante, totalitario de los sistemas impersonales de dominación que funcionan de manera “racional” y “eficaz”, como mecanismos implacables que destruyen todo obstáculo que se presenta en el camino: la burocracia, el ejército, el mercado, el capital.

El enemigo común de las luchas emancipadoras de comienzos del siglo XXI es fácil de identificar: la mundialización capitalista, los mercados financieros, el gran capital transnacional y sus instituciones: el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OCDE, el Grupo de los 7, las políticas neoliberales y los tratados de libre comercio como el ALENA en América del Norte, el Tratado de Maastricht, el AMI. Estos son los responsables del horror económico: el vertiginoso aumento del desempleo y de la exclusión, las desigualdades cada vez más manifiestas, el endeudamiento de los países pobres, el desmantelamiento de los servicios públicos y de la seguridad social, el pillaje y la contaminación del medioambiente.

Es preciso, sin embargo, no perder de vista que detrás de la globalización neoliberal está el sistema capitalista mundial. Sería una ilusión creer que se puede remplazar el neoliberalismo por un capitalismo con rostro humano, un capitalismo regulado, normalizado, moderado, ecológicamente sustentable y socialmente tolerable: es la lógica del propio sistema capitalista que exige, en su etapa actual de desarrollo, la desregulación, el aumento de las desigualdades, la dictadura de los mercados financieros. Pensar en alternativas al neoliberalismo implica plantear la cuestión de las alternativas al capitalismo.

No se trata de combatir la “mundialización” como tal, en nombre de una defensa retrógrada de la “soberanía nacional” del Estado-nación como tal, del mercado o de la industria (capitalista) nacional, sino más bien de oponer a la mundialización “realmente existente”, es decir imperialista, otro proyecto mundial, emancipador, democrático, igualitario, libertario. Esto no quiere decir que el movimiento por un cambio social radical no deba comenzar a nivel de una o de algunas naciones, o bien que los movimientos de liberación

nacional no sean legítimos. Pero las luchas contemporáneas son, en un grado sin precedentes, interdependientes e interrelacionadas de un extremo a otro del planeta. Hoy, más que en ningún otro período en el pasado, los problemas urgentes son internacionales. Los desafíos que representan el juego incontrolado de los mercados financieros internacionales, la monstruosa deuda y el empobrecimiento del Tercer Mundo, la amenaza de crisis ecológica –sólo para mencionar algunos ejemplos– exigen soluciones mundiales.

Se puede observar en diferentes lugares y como reacción a los desastres ocasionados por la globalización actual, la aparición de los primeros gérmenes de un nuevo internacionalismo, independiente de los Estados o de los grupos de interés particularistas. Son las bases de lo que un día se transformará en la “Internacional de la Resistencia” contra la ofensiva capitalista neoliberal.

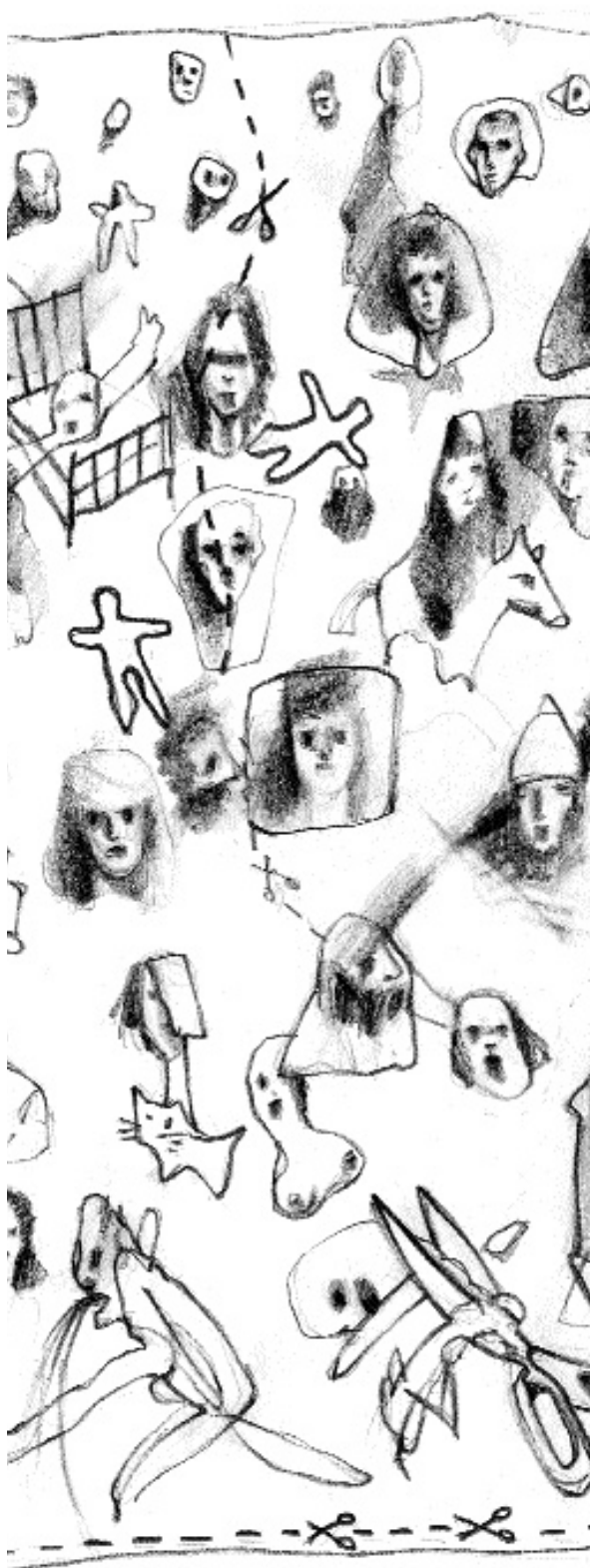
Esta renovación del internacionalismo no pasa solamente por las fuerzas sindicales y políticas más radicales del movimiento obrero y socialista en todas sus versiones (de los marxistas a los libertarios). Aparecen también nuevas sensibilidades internacionalistas en los movimientos sociales con vocación planeta-

ria, como el feminismo y la ecología, en los movimientos anti-racistas, en la teología de la liberación, en las asociaciones de defensa de los derechos humanos o de solidaridad con los países del Tercer Mundo y, más recientemente, en las redes activas de los movimientos de lucha contra la “mercantilización del mundo”.

Si bien algunas ONGs internacionales funcionan simplemente como “lobbys”, adaptándose al marco neoliberal dominante y se limitan a dar “consejos” al FMI y al Banco Mundial, otras, como el Comité por la Abolición de la Deuda del Tercer Mundo de Bruselas; el Foro por una alternativa económica, lanzado a iniciativa de Samir Amin; la Conferencia de los pueblos contra el libre cambio y la OMC, de Ginebra; la asociación internacional ATTAC (Acción por la tasación de las transacciones financieras y de ayuda ciudadana contra la especulación en los mercados financieros) creada por Le Monde Diplomatique, tienen una vocación claramente antimperialista.

Los cristianos radicalizados son un componente esencial tanto de los movimientos sociales del Tercer Mundo –a menudo inspirados, sobre todo en América Latina, por la teología de la liberación– como en las asociaciones euro-

“Aparecen también nuevas sensibilidades internacionales en los movimientos sociales con vocación planetaria, como el feminismo y la ecología, en los movimientos anti-racistas, en la teología de la liberación, en las asociaciones de defensa de los derechos humanos o de solidaridad con los países del Tercer Mundo y, más recientemente, en las redes activas de los movimientos de lucha contra la “mercantilización del mundo”.”



peas de solidaridad con las luchas de los países pobres. Inspirados en la ética humanística y ecuménica del cristianismo, realizan una contribución importante a la elaboración de una nueva cultura internacionalista.

El nuevo movimiento campesino, organizado a escala internacional en la asociación Vía Campesina, también ocupa un lugar estratégico en este proceso de resistencia internacional, en la medida que se encuentra en un lugar “bisagra” entre las luchas agrarias, el combate ecológico y la batalla contra la OMC. Sus organizaciones, como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST) o la Confédération Paysanne en Francia, están en la vanguardia de la resistencia contra la gran agro-industria capitalista que amenaza, con sus pesticidas y con los organismos genéticamente modificados (OGM), su política de “rentabilización” destructiva de los bosques y el equilibrio ecológico del planeta.

Una muestra de los representantes más activos de estas diferentes tendencias, provenientes tanto del Norte como del Sur, de la izquierda radical o de los movimientos sociales, se reunió, en el marco de un espíritu unitario y fraterno, en la Conferencia Intergaláctica por la Humanidad y contra el Neoliberalismo realizada en el mes de julio de 1996 en México y organizada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) –un movimiento revolucionario que ha sabido combinar, de forma original y exitosa, lo local (las luchas indígenas en Chiapas), lo nacional (el combate por la democracia en México) y lo internacional (la lucha mundial contra el neoliberalismo). Fue un primer paso, aún modesto, pero que iba en la dirección correcta: la reconstrucción de la solidaridad internacional.

Los sucesos de Seattle en 1999, donde se produjo una gran confluencia de fuerzas sindicales, ecologistas y anticapitalistas que hizo fracasar la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) –instrumento número uno de la globalización neoliberal– revelaron el potencial de la lucha contra la mercantilización del mundo en América del Norte. En Europa también los movimientos de resistencia al neoliberalismo no deben dejar de tomarse en cuenta, como lo mostraron las recientes movilizaciones de Millau (junio 2000) –cien mil personas en solidaridad con José Bové y su lucha contra la OMC– o de Praga durante la reunión del FMI y del Banco Mundial. El Encuentro Internacional de París de diciembre de 2000 (“Un año después de Seattle”) y el Foro Social Mundial, que tendrá lugar en enero de 2001 en la ciudad de Porto Alegre, serán los próximos eventos fuertes de esta movilización planetaria que –más allá de la protesta necesaria– busca alternativas radicales al orden existente.

La construcción de la “Internacional de la Resistencia” tiene tres componentes: 1) la renovación de la tradición an-

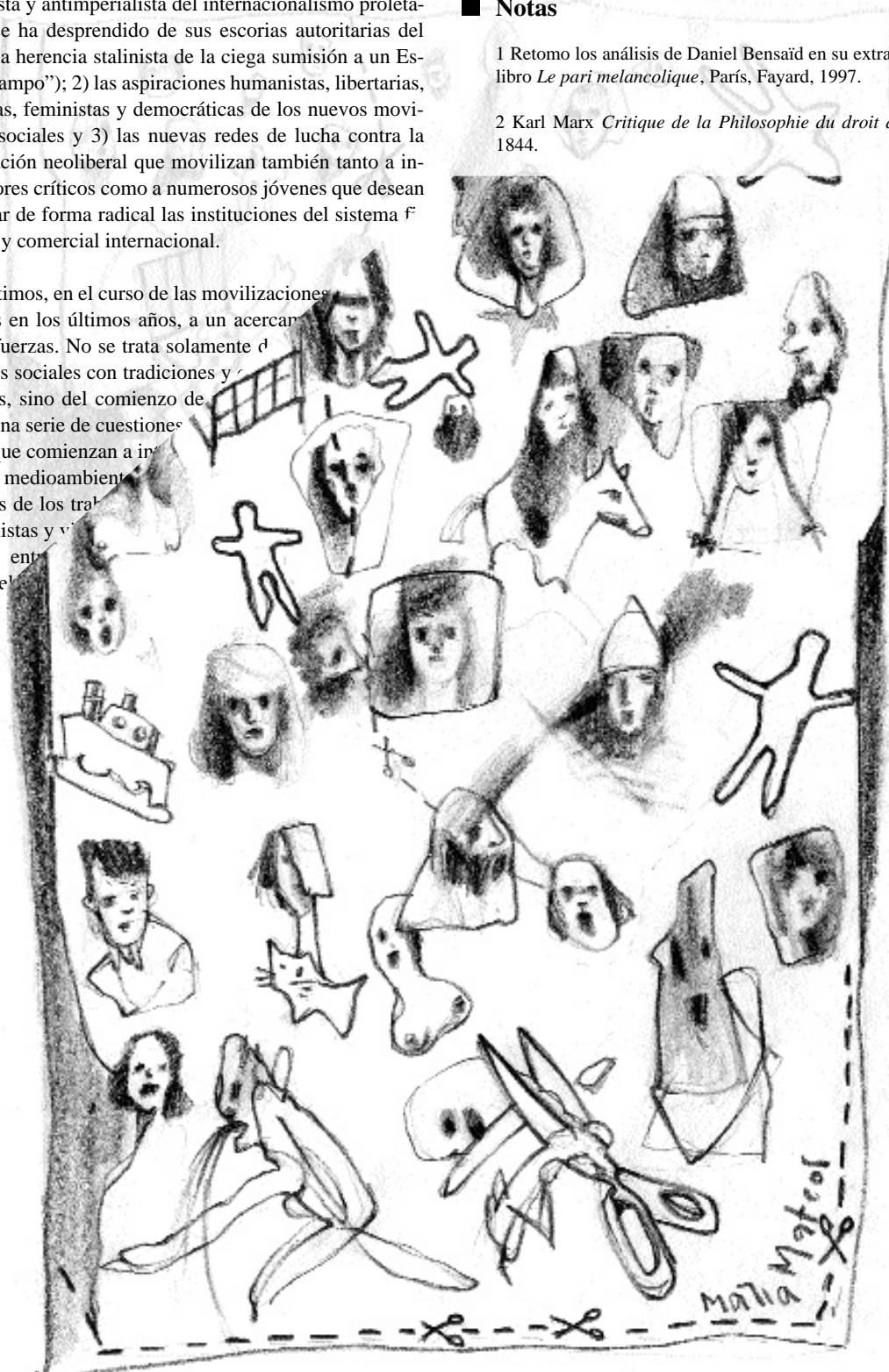
ticapitalista y antimperialista del internacionalismo proletario que se ha desprendido de sus escorias autoritarias del pasado (la herencia stalinista de la ciega sumisión a un Estado o "campo"); 2) las aspiraciones humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales y 3) las nuevas redes de lucha contra la globalización neoliberal que movilizan también tanto a investigadores críticos como a numerosos jóvenes que desean cuestionar de forma radical las instituciones del sistema financiero y comercial internacional.

Asistimos, en el curso de las movilizaciones ocurridas en los últimos años, a un acercamiento de fuerzas. No se trata solamente de actores sociales con tradiciones y valores diferentes, sino del comienzo de una articulación en toda una serie de cuestiones políticas y culturales que comienzan a involucrar a actores del medioambiente, las luchas de los trabajadores, las feministas y la interacción entre ellas. Emergen elementos de una nueva articulación ur-

■ **Notas**

1 Retomo los análisis de Daniel Bensaïd en su extraordinario libro *Le pari mélancolique*, París, Fayard, 1997.

2 Karl Marx *Critique de la Philosophie du droit de Hegel*, 1844.



Por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Líneas centrales del discurso zapatista

Por Ana Esther Ceceña*

Somos producto de 500 años de luchas...[en las que]...surgieron Villa y Zapata, hombres pobres como nosotros a los que se nos ha negado la preparación más elemental para así poder utilizarlos como carne de cañón y saquear las riquezas de nuestra patria sin importarles que estemos muriendo de hambre y enfermedades curables, sin importarles que no tengamos nada, absolutamente nada, ni un techo digno, ni tierra, ni trabajo, ni salud, ni alimentación, ni educación, sin tener derecho a elegir libre y democráticamente a nuestras autoridades, sin independencia de los extranjeros, sin paz ni justicia para nosotros y nuestros hijos.

...Y hemos comprendido que, si nosotros no peleamos, nuestros hijos volverán a pasar por lo mismo.

Comandancia General del EZLN,
Declaración de la Selva Lacandona,
1° de enero de 1994.

El 1° de enero de 1994 es el día en que irrumpe el tercer milenio en México. Esperanzas y desesperanzas se anuncian en la confrontación de dos horizontes civilizatorios distintos: el de la construcción de la humanidad y el del neoliberalismo. El sujeto revolucionario, el portador de la resistencia cotidiana y callada que se visibiliza en 1994, es muy distinto al de las expectativas trazadas por las teorías políticas dominantes. Su lugar no es la fábrica sino las profundidades sociales. Su nombre no es proletario sino ser humano; su carácter no es el de explotado sino el de excluido. Su lenguaje es metafórico, su condición indígena, su convicción democrática, su ser, colectivo.

* Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Integrante del Grupo de Trabajo "Economía Internacional" de CLACSO. Directora de la revista Chiapas.



■ Profundidades y apariencias del México neoliberal

En la imagen construida con el discurso de los indicadores, México se encontraba en uno de sus momentos de mayor esplendor.

Por virtud de un cuidadoso manejo de las cifras macroeconómicas y de las imágenes públicas, el presidente Salinas logra elevar a México a la categoría de país miembro de la OCDE, al tiempo que lo convierte en parte del más poderoso bloque económico mundial. Para los organismos internacionales (FMI y Banco Mundial), México era la confirmación de la pertinencia de sus recomendaciones y un ejemplo de control político que diluía, a pesar de la severidad de los ajustes, las explosiones sociales.

Ese 1° de enero era la fecha de ingreso definitivo de México al primer mundo. Durante varios años se había preparado el escenario posibilitador, cuyos rasgos principales fueron dos grandes rupturas. La primera es el abandono de la política nacionalista de industrialización mediante la cancelación súbita del nicho protector que había permitido suavizar la imposible competencia con el gran capital transnacional (*a unos cuantos kilómetros de distancia*), y que significó el desmantelamiento de la planta industrial tradicio-

nal para ceder paso a la maquilización generalizada¹. La segunda, modificadora de la esencia misma de la nación mexicana, consistió en la cancelación de la tenencia colectiva de la tierra y en la mercantilización total del territorio y sus recursos, decretada con la modificación del artículo 27 constitucional. Así se garantizaba la irrupción del mercado en todos los ámbitos, la sumisión total a la lógica de la competencia sin restricciones y sin defensas², y la expropiación, ahora sí absoluta, de los campesinos, de los pueblos indios y de los pobres, arguyendo razones de eficiencia productiva y competitividad.

Se inauguraba así el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.



Al mismo tiempo, desde el México profundo, una sublevación en Chiapas, corazón del olvidado sureste mexicano, ocupa noticieros y titulares de prensa que deberían estar festejando la integración del bloque norteamericano.

Basándose en el artículo 39 de la Constitución³ que sanciona la soberanía popular, un grupo de mujeres y hombres sin rostro levanta su voz para “detener la guerra genocida no declarada contra nuestros pueblos”, “...sumido[s] en la ignorancia, en el analfabetismo, en la incultura”⁴.

En sus primeras declaraciones, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional resuelve “suspender el saqueo de nuestras riquezas naturales en los lugares controlados por el EZLN” y hace públicas una serie de leyes entre las que destacan la Ley Agraria Revolucionaria en contra de la contrarreforma efectuada en 1992⁵, la Ley Revolucionaria de Mujeres (que implica una auténtica revolución dentro de la revolución)⁶ y la Ley del Trabajo que, entre otros, revisa en lo inmediato la problemática salarial⁷.

El gobierno mexicano responde militarmente llegando incluso a bombardear la zona del levantamiento mientras la sociedad mexicana se vuelca a las calles para exigir el alto al fuego y apoyar las once demandas zapatistas (*trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz*). Esto permite abrir un espacio de diálogo en el que se intenta, hasta hoy, politizar/desmilitarizar la lucha por democracia, libertad, justicia y dignidad que ha emprendido el zapatismo.

No hay precedente en la historia de un grupo armado, de un ejército, que ha tomado las armas como último recurso para pelear por la vida, que se ha preparado para ello durante más de diez años y, a los 12 días de combates, se obliga a no usarlas para acatar el mandato de la sociedad que le pide, en una histórica marcha el 12 de enero de 1994, luchar juntos contra la guerra y por la construcción de espacios políticos que garanticen el cumplimiento de las demandas zapatistas.

Inicia así la primera revolución antineoliberal del mundo.

■ **La revolución por un mundo en el que quepan muchos mundos**

La zapatista es una insurrección armada de palabra y de fuego. Sus fusiles supieron callar las balas para dejar salir los pensamientos. Es una revolución para crear un mundo nuevo, no para destruir el actual⁸. Es la búsqueda de nuevas formas de hacer política⁹ que, a la vez que le devuelvan su sentido ético, restablezcan el ejercicio de la política natural e inherente a todo colectivo social, rompiendo los cerros que la encuadran en espacios específicos (*profesionali-*

zados), con normas predefinidas, que conculcan la libre expresión de la comunidad.¹⁰

La concepción de la lucha, de la política y de la revolución provenientes de dos mundos que se cruzan en las montañas y cañadas de Chiapas permite construir un horizonte de esperanza –a pesar del fin de la historia–, que revaloriza lo sencillo y lo esencial y dota de un nuevo contenido las palabras. La transparencia entre una práctica apegada a los sentidos del pensamiento y la resignificación del horizonte de lucha atendiendo a las modalidades actuales de la explotación y la dominación, de las relaciones de poder y sumisión, otorga a los zapatistas una autoridad moral que contrasta con el descrédito e ilegitimidad del resto de las instituciones e instancias de representación social.

Paradójicamente, aun habiéndose constituido como ejército, el zapatismo no tiene un discurso de guerra –razón de severas críticas por parte de la “izquierda radical”. Su discurso, que es palabra y acción, habla de un mundo de respeto en el que las diferencias floren y debatan pero no se sometan, en el que la igualdad sea la diferencia, en el que, por primera vez, se reconocen todas las formas de la dominación y todos los caminos de la emancipación¹¹. Del estrecho concepto de clase, acuñado en el tiempo de los procesos de trabajo fordistas, se pasa a un concepto amplio en el que “la clase es definida por los hombres al vivir su propia historia”¹², es una experiencia de vida y resistencia colectivas, de lucha, en la que se busca subvertir todos los niveles en los que se enraiza la dominación, desde las relaciones directas de explotación en sus distintas modalidades, hasta las relaciones de género, de raza o de generación. La unión de los dominados en amplias redes de resistencia y construcción del mundo nuevo, capaces de enfrentar e ir deconstruyendo las redes de la dominación hasta sus últimos vasos capilares¹³, es una de las convicciones más profundas de los zapatistas y reaparece reiteradamente en su discurso:

“La unión de los dominados en amplias redes de resistencia y construcción del mundo nuevo, capaces de enfrentar e ir deconstruyendo las redes de la dominación hasta sus últimos vasos capilares, es una de las convicciones más profundas de los zapatistas y reaparece reiteradamente en su discurso...”

“Detrás de nuestro rostro negro. Detrás de nuestra voz armada (...). Detrás de los nosotros que ustedes ven. Detrás estamos ustedes.”

“Detrás de nosotros estamos ustedes. Detrás de nuestros pasamontañas está el rostro de todas las mujeres excluidas. De todos los indígenas olvidados. De todos los homosexuales perseguidos. De todos los jóvenes despreciados. De todos los migrantes golpeados. De todos los presos por su palabra y pensamiento. De to-

dos los trabajadores humillados. De todos los muertos de olvido. De todos los hombres y mujeres simples y ordinarios que no cuentan, que no son vistos, que no son nombrados, que no tienen mañana.”¹⁴

La propuesta de crear un mundo donde quepan todos los mundos es otro modo de denotar el contenido de la democracia que construyen los zapatistas todos los días. Es una democracia de iguales distintos sin jerarquías, es la democracia del consenso y no de las mayorías, la democracia de todos.

■ Democracia y poder

¿La toma del poder? No, apenas algo más difícil: un mundo nuevo
Subcomandante Insurgente Marcos

La lucha en contra de la dominación, para el zapatismo, supone la eliminación de todo tipo de relaciones de poder. No se busca cambiar un poder por otro sino establecer una sociedad distinta en la que el acto de gobernar recaiga en la comunidad como un todo:

“Fue nuestro camino siempre que la voluntad de los más se hiciera común en el corazón de hombres y mujeres de mando. Era esa voluntad mayoritaria el camino en el que debía andar el paso del que mandaba. Si se apartaba su andar de lo que era razón de la gente, el corazón que mandaba debía cambiar por otro que obedeciera. Así nació nuestra fuerza en la montaña, el que manda obedece si es verdadero, el que obedece manda por el corazón común de los hombres y mujeres verdaderos. Otra palabra vino de lejos para que este gobierno se nombrara y esa palabra nombró ‘democracia’ este camino nuestro...”¹⁵

El problema del poder es central para el zapatismo, lo mismo que para los otros movimientos revolucionarios, sólo que se asume de manera muy distinta. Para crear un mundo nuevo no se requiere “la toma del poder” sino la abolición de las relaciones de poder; no el uso de la fuerza sino el de la democracia. El poder comunitario se construye, no se impone.

La discusión sobre el poder representa la síntesis de un nuevo pensamiento revolucionario, correspondiente con la fragmentación y atomización de la modalidad neoliberal de organización de la sociedad.

La reestructuración del proceso general de producción a partir de la introducción de la tecnología informática conlleva la diversificación de funciones y del contenido del trabajo en correspondencia con la capacidad incrementada de apropiación de conocimientos y saberes. Así, la diversidad de los explotados, y más de los dominados, obliga a repensar sobre las vanguardias, sobre el carácter privilegiado de los obreros industriales y sobre la pertinencia de una organización de los revolucionarios que reproduzca las jerarquías y las relaciones estamentarias propias de la organización capitalista. Oponer al poder capitalista organizado la dictadura del proletariado es reproducir las normas sociales en un sentido inverso bastante dudoso.

La construcción del mundo nuevo no se alcanza conquistando una meta (la toma del poder). El discurso zapatista no contempla metas sino horizontes, no busca realizar el gran acontecimiento, La Revolución, sino vivir un proceso permanente de creación del mundo nuevo practicando la democracia como cultura del respeto a la otredad.

El llamado zapatista es muy enfático en su convicción de la solidez construida sobre la base de un auténtico consenso¹⁶. Su resistencia a convertirse en líderes, en vanguardia, en “el” proyecto, en los poseedores de la verdad es reiterada permanentemente y es una de las bases fundamentales de su legitimidad¹⁷. La humildad y esta nueva concepción política que les permite entenderse como una fuerza más, pero nunca “la única” o “la verdadera”, proviene, en parte, de la percepción del carácter omniabarcante del poder. La posibilidad de deconstrucción de las amplias y profundas redes de dominación que ha logrado desarrollar el capital sólo podrá concretarse con el encuentro de todas las rebeldías y con el concurso de los dominados de todas partes del mundo. De ahí que su llamado sea: “no nos dejen solos”.

■ **El nuevo mundo como proceso**

La manera zapatista de concebir la política y la profunda deslegitimación de la llamada política representativa que, en la mayoría de los casos, ha sido suplantadora de la voluntad comunitaria, es lo que ha otorgado al discurso del EZLN un sentido universal.

El pasamontañas representa la puerta de entrada al mundo de la dignidad insurrecta, en el que no hay tiempos fijos porque se camina “al paso del más lento” para ir to-

dos juntos, ni hay punto de llegada porque no hay una verdad sino muchas, ni un solo mundo sino muchos, y los horizontes se van trazando sobre la marcha (“preguntando caminamos”) porque tienen que constituir una construcción colectiva.

Esto significa que la marcha ya comenzó y su única definición precisa está expresada en las once demandas zapatistas. Es una marcha por la dignidad del ser humano sin fronteras y por

Un futuro en el que la sociedad civil, con su fuerza de justicia verdadera, haga innecesarias no sólo las guerras sino también los ejércitos, y un futuro en el que los gobiernos, cualesquiera que sea su tendencia política, tengan por encima de ellos la vigilancia constante y severa de una sociedad civil libre y democrática.¹⁸

Los mecanismos para alcanzar “las tres llaves que abren las tres cadenas”, democracia, libertad y justicia, pueden variar, pero permitirán ir

tejiendo la trama de la sociedad del nuevo mundo¹⁹. Lo verdaderamente esencial es la construcción de una humanidad digna, de la humanidad como sujeto emancipado y libertario, de un poder popular profundamente democrático y participati-

vo, sin vanguardias, en el que la capacidad de decidir y de autodeterminarse tenga como único eje la dignidad del ser humano comunitario²⁰.

“Lo verdaderamente esencial es la construcción de una humanidad digna, de la humanidad como sujeto emancipado y libertario, de un poder popular profundamente democrático y participativo, sin vanguardias, en el que la capacidad de decidir y de autodeterminarse tenga como único eje la dignidad del ser humano comunitario.”

■ **La utopía del zapatismo**

El zapatista ha sido el único movimiento armado hasta hoy que no tiene como referente al estado sino a la sociedad. Ahí comienza su utopía. Ni conquista ni pide concesiones. Su punto focal está en la sociedad, en las rebeldías de los cinco continentes. Con esas rebeldías dialoga; con ellas construye y sueña. El zapatismo no espera nada del estado, tampoco de sus representaciones alternativas (como los organismos internacionales o algunos otros estados más fuertes). Los zapatistas apuestan todo al pueblo, a la sociedad civil, a los excluidos, a los perseguidos, a los rebeldes. Sueñan con el mundo en el que caben todos los mundos y lo construyen cotidiana y pacientemente, con el concurso de todos, sin proyectos predefinidos, con la voluntad de los más. La utopía en el zapatismo no es un horizonte lejano sino la motivación de la práctica cotidiana. La revolución no se concibe como el sacrificio presente para llegar un día a alcanzar la meta trazada sino co-

mo un destejer madejas para ir simultáneamente tejiendo y dando cuerpo a eso que se entiende como el mundo nuevo. La utopía es poder hoy empezar a romper la atomización social y la mediación estatal o mercantil de las relaciones humanas para empezar a construir la posibilidad/realidad de las nuevas formas de entender y expresar la soberanía popular, y de crear las bases del reconocimiento y respeto mutuos, sustentado en la autoridad moral de quien hace lo que sus palabras dicen, camina al ritmo del colectivo y sabe mandar obedeciendo.

La finalidad del zapatismo no es la propiedad sino la libertad; no es poseer sino compartir, romper cercos²¹, salir de los guetos y tomar las calles y las selvas de los cinco continentes para luchar por la vida porque:

En el mundo de ellos, los que en el poder viven y por el poder matan, no cabe el ser humano. No hay espacio para la esperanza, no hay lugar para el mañana. Esclavitud o muerte es la alternativa que el mundo de ellos ofrece a todos los mundos (...) Globalización de los mercados es borrar fronteras a la especulación y el crimen, y multiplicarlas para los seres humanos.²²

El zapatismo de fin de siglo representa la visibilización y reconocimiento mutuo de todas las resistencias y rebeliones; las que se han incubado durante más de 500 años y las otras, las que se producen todos los días, en todos los ámbitos y que empiezan a romper los cercos. Por eso:

Marcos es gay en San Francisco, negro en Sudáfrica, asiático en Europa, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indígena en las calles de San Cristóbal, chavo banda en Neza, rockero en CU, judío en Alemania, ombudsman en la Sedena²³, feminista en los partidos políticos, comunista en la post guerra fría, preso en Cintalapa, pacifista en Bosnia, mapuche en los Andes, maestro en la CNTE, artista sin galería ni portafolios, ama de casa un sábado por la noche en cualquier colonia de cualquier ciudad de cualquier México, guerrillero en el México de fin del siglo XX, huelguista en la CTM, reportero de nota de relleno en interiores, machista en el movimiento feminista, mujer sola en el metro a las 10 p.m., jubila-do en plantón en el Zócalo, campesino sin tierra, editor marginal, obrero desempleado, médico sin plaza, estudiante inconforme, disidente en el neoliberalismo, escritor sin libros ni lectores, y, es seguro, zapatista en el sureste mexicano. En fin, Marcos es un ser humano, cualquiera en este mundo. Marcos es todas las minorías intoleradas, oprimidas, resistiendo, explotando, diciendo “¡Ya basta!”. Todas las minorías a la hora de hablar y mayorías a la hora de callar y aguantar. Todos los intolerados buscando una palabra, su palabra, lo que devuelva la mayoría a los eternos fragmenta-

dos, nosotros. Todo lo que incomoda al poder y a las buenas conciencias, eso es Marcos.²⁴

Y, por eso mismo, todos los que luchamos por un mundo distinto, por la libertad y emancipación de la humanidad, todos somos Marcos.

Bibliografía

CCRI-CG del EZLN (1996), “Discurso inaugural de la Mayor Ana María” (al Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo) en *Chiapas 3*, ed. ERA, México, pp. 101-105.

Echeverría, Bolívar (1996), “Lo político y la política” en *Chiapas 3*, ed. ERA, México, pp. 7-17.

EZLN (1994), *Documentos y comunicados*, ed. ERA, México.

Foucault, M. (1977), *La microfísica del poder*, colección Genealogía del poder 3ª ed., Las ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992, 189 pp.

Gelman, Juan (1996), “Nada que ver con las armas. Entrevista exclusiva con el Subcomandante Marcos” en *Chiapas 3*, ed. ERA, México, pp. 127-137.

Thompson, E. P. (1989), *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Editorial Crítica, Barcelona, 318 pp.

Notas

1 La industria de maquila consiste en procesos parciales eslabonados y determinados directamente desde el exterior. Un ejemplo es la fabricación de motores para un auto fabricado en Estados Unidos y comercializado en algunas otras regiones del mundo.

2 Cabe recordar que el discurso oficial en ese momento atribuía al proteccionismo que había cobijado la industrialización mexicana todos los males del subdesarrollo.

3 Artículo 39 de la Constitución: “La soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo. Todo poder público emana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene, en todo tiempo, el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno” [EZLN:1994. *Declaración de la Selva Lacandona*, p. 34].

4 EZLN:1994, pp. 35 y 36.

5 “La lucha de los campesinos pobres en México sigue reclamando la tierra para los que la trabajan. Después de Emiliano Zapata y en contra de las reformas al artículo 27 de la Constitución Mexicana, el EZLN retoma la justa lucha del campo mexicano por tierra y libertad” EZLN:1994, p. 43.

6 Sobre la problemática de las relaciones de género y la revolución de las mujeres dentro del zapatismo la mejor referencia es el libro *Mujeres de maíz* de Guiomar Rovira, aparecido en ed. ERA, 1997.

7 Esta ley adiciona cláusulas a la Ley Federal del Trabajo vigente (cuyo espíritu emana de la Revolución de 1910). La primera señala: "Las compañías extranjeras pagarán a sus trabajadores el salario por hora en su equivalente en moneda nacional al que pagan en dólares en el extranjero". EZLN:1994, p. 47.

8 "...este viento de abajo, el de la rebeldía, el de la dignidad, no es sólo respuesta a la imposición del viento de arriba, no es sólo brava contestación, lleva en sí una propuesta nueva, no es sólo la destrucción de un sistema injusto y arbitrario, es sobre todo una esperanza...". EZLN:1994, p. 63.

9 "...el futuro del EZLN no se define en términos militares sino en términos políticos. No nos preocupa el enemigo, nos preocupa cómo vamos a definir una nueva relación entre compañeros". Gelman: 1996, p. 135.

10 "Nada obstaculiza con mayor fuerza la descripción de la figura particular que presenta la cultura política de una realidad social histórica concreta que la suposición, defendida obstinadamente por el discurso moderno dominante, de que la puesta en práctica de lo político pertenece en calidad de monopolio al ejercicio de 'la política'". Echeverría: 1996, p. 7.

11 "Nosotros pensamos que el cambio revolucionario en México no será producto de la acción en un solo sentido. Es decir, no será, en sentido estricto, una revolución armada o una revolución pacífica. Será, primordialmente, una revolución que resulte de la lucha en variados frentes sociales, con muchos métodos, bajo diferentes formas sociales, con grados diversos de compromiso y participación. Y su resultado será, no el de un partido, organización o alianza de organizaciones triunfante con su propuesta social específica, sino una suerte de espacio democrático de resolución de la confrontación entre diversas propuestas políticas. Este espacio democrático de resolución tendrá tres premisas fundamentales que son inseparables, ya, históricamente: la democracia para decidir la propuesta social dominante, la libertad para suscribir una u otra propuesta y la justicia a la que todas las propuestas deberán ceñirse". EZLN: 1994, pp. 97-98.

12 Thompson: 1989, p. 34. "...la gente se encuentra en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimenta la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifica puntos de interés antagónico, comienza a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubre como clase, y llega a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso histórico." Ídem, p. 37.

13 "Pero si se lucha contra el poder entonces todos aquellos sobre los que se ejerce el poder como abuso, todos aquellos que lo reconocen como intolerable, pueden comprometerse en la lucha allí donde se encuentran y a partir de su actividad (o pasividad) propia. Comprometiéndose en esta lucha que es la suya, de la que conocen perfectamente el blanco y de la que pueden determinar el método, entran en el proceso revolucionario. Como aliados ciertamente del proletariado ya que, si el poder se ejerce tal como se ejerce, es ciertamente para mantener la explotación capitalista. Sirven realmente la causa de la revolución pro-

letaria luchando precisamente allí donde la opresión se ejerce sobre ellos. Las mujeres, los prisioneros, los soldados, los enfermos en los hospitales, los homosexuales han abierto en este momento una lucha específica contra la forma particular de poder, de imposición, de control que se ejerce sobre ellos. Estas luchas forman parte actualmente del movimiento revolucionario, a condición de que sean radicales, sin compromisos ni reformismos, sin tentativas para modelar el mismo poder consiguiendo como máximo un cambio de titular". Foucault: 1977, p. 86

14 CCRI-CG del EZLN: 1996, pp. 102-103.

15 EZLN: 1994, pp. 175-176.

16 "La única fuerza capaz de llevar a cabo el tríplice libertad, democracia y justicia, y de cambiar el mundo entero, es la fuerza del pueblo, la de los sin partido ni organización, la de los sin voz y sin rostro. Quien gane con verdad esta fuerza, será invencible". EZLN: 1994, p. 238.

17 En un primer momento (todavía en enero de 1994), cuando su interlocución era fundamentalmente con la sociedad mexicana, señalaban con respecto a la relación que estaban buscando: "Nosotros no pretendemos ser la vanguardia histórica, una, única y verdadera. Nosotros no pretendemos aglutinar bajo nuestra bandera zapatista a todos los mexicanos honestos. Nosotros ofrecemos nuestra bandera. Pero hay una bandera más grande y poderosa bajo la cual podemos cobijarnos todos. La bandera de un movimiento nacional revolucionario donde cupieran las más diversas tendencias, los más diferentes pensamientos, las distintas formas de lucha, pero sólo existiera un anhelo y una meta: la libertad, la democracia y la justicia". Y en uno de sus momentos de mayor convocatoria, en que todo los señalaba como fuerza aglutinadora de enormes posibilidades, señalan: "Es el momento de decirles a todos que no queremos ni podemos ocupar el lugar que algunos esperan que ocupemos, el lugar del que emanen todas las opiniones, todas las rutas, todas las respuestas, todas las verdades, no lo vamos a hacer". EZLN: 1994, pp. 103 y 310.

18 EZLN: 1994, pp. 161-162.

19 "La lucha por la libertad, la democracia y la justicia no es sólo tarea del EZLN, es trabajo de todos los mexicanos y organizaciones honestas, independientes y progresistas. Cada quien en su terreno, cada quien con su forma de lucha, cada quien con su organización y su idea". EZLN: 1994, p. 104.

20 Recordando las palabras de Michel Foucault: "la soledad es la condición básica de la sumisión total".

21 "Por luchar por un mundo mejor todos nosotros estamos cercados, amenazados de muerte. El cerco se reproduce globalmente. En cada continente, en cada país (...) el cerco de guerra del poder se cierra en contra de los rebeldes...". EZLN: 1996, p. 110.

22 EZLN: 1996, p. 108.

23 Secretaría de la Defensa Nacional.

24 EZLN: 1994, p. 243.

El trabajo en lo global. Desafíos y perspectivas

Por Ronaldo Munck*

En uno de sus recientes y ambiciosos tres volúmenes sobre el nuevo capitalismo, Castells (1997: 354) sugiere que las perspectivas del trabajo en la arena global son por cierto poco prometedoras: “Desgarrado por la internacionalización de las finanzas y la producción, incapaz de adaptarse al funcionamiento en red de las firmas y la individualización del trabajo, y desafiado por la feminización del empleo, el movimiento obrero desaparece como fuente relevante de cohesión social y representación de los trabajadores”. Esta prognosis negativa es poderosa y persuasiva, pero yo argumentaría que se encuentra ya pasada de moda. Ya en el pasado el movimiento obrero ha sido anulado como fuerza social y como actor político para luego volver a la escena de alguna forma. En este sentido resulta interesante encontrar que la Unión General de Trabajadores danesa organizó una ‘Cumbre sobre el Trabajo Global’ al mismo tiempo que el libro de Castells era publicado, en la cual declaró: “Ha llegado el momento de que las asociaciones sindicales usen los aspectos positivos de la globalización para beneficio de los trabajadores y las personas pobres de todo el mundo” (Global Labour Summit, 1997). Es la contradicción aparente entre estas dos declaraciones lo que debemos explorar.

■ Globalización y trabajo

Con respecto al efecto de la globalización sobre el trabajo, comenzaremos citando el autorizado reporte de 1995 del Banco Mundial, *Trabajadores en un mundo integrado*. El Banco Mundial nota, con un regocijo no disimulado, que para el año 2000 menos del 10% de los trabajadores del mundo no estarán completamente integrados a la economía capitalista global, comparados con la tercera parte de la fuerza de trabajo global a la que 20 años atrás se le dijo que estaba construyendo el socialismo. Las fuerzas conductoras de la integración global son vistas por el Banco como indetenibles, y los trabajadores no tienen otra opción que someterse a las mismas. O, en palabras del Banco, “la globalización es inevitable – el bienestar de Joe, María y Xiao Zhin

* Profesor de Sociología Política y Director de la Unidad de Globalización y Exclusión Social de la Universidad de Liverpool, Inglaterra.

Traducción realizada por Florencia Enghel



está ahora más íntimamente ligado que nunca” (Banco Mundial, 1995: 54). Por supuesto, el Banco reconoce que la competencia internacional creciente y el capital que gira libremente no sólo reducirán los puestos de trabajo y los salarios, sino que de hecho borrarán a naciones y regiones enteras del mapa económico. Entiende que un escenario en el cual las suertes de los trabajadores de todo el mundo converjan es menos probable que el de las divergencias crecientes. En resumidas cuentas, según el Banco Mundial (1995: 124), “la globalización ofrece oportunidades pero también exagera los riesgos”. Esto bien podría servir como consigna (y posiblemente epitafio) para una nueva era de expansión capitalista global.

En su arrolladora revisión de la nueva sociedad en red en la que estamos viviendo, Castells (1996: 474) argumenta que bajo el capitalismo global “los trabajadores no desaparecen en el espacio de flujos, y con los pies en la tierra, el trabajo es abundante”. Contra las profecías apocalípticas respecto del “fin del trabajo” y los calamitosos efectos de la nueva tecnología de la información, vemos actualmente una incorporación masiva de gente a la fuerza de trabajo global. Pero mientras el trabajo, los trabajadores y la clase trabajadora se expanden, la relación entre capital y mano de obra es transformada radicalmente.

El problema con la mayor parte de la literatura sobre trabajo y globalización es que tiende a concebir al trabajo

como una víctima pasiva de las nuevas tendencias, el material maleable a partir del cual la globalización construirá el Nuevo Orden Mundial. El capital es visto como un participante activo, móvil, que mira hacia adelante en el juego de la globalización, mientras que el trabajo es visto como estático, pasivo, y básicamente reactivo. El juego ha cambiado y el trabajo es visto como poseedor de pocas cartas. Esta "invisibilidad del trabajo" es también una característica de buena parte de los escritos radicales de economía política interesados en demonizar a la globalización. La realidad es que el trabajo ha estado fuera de la escena teórica desde mitad de la década de 1990. Sin embargo hubo huelgas generales en muchas partes de Europa, en América Latina, en Canadá, en África del Sur, y de manera crucial, en Corea del Sur. Esto nos permite intuir que la desorientación producida por los cambios ocurridos en el seno del movimiento de los trabajadores en la primera década de la globalización parecen, al menos en parte, haber sido superados. El cambio fue un proceso lento pero orgánico, a menudo iniciado por los rangos medios. Tal como lo relata Moody (1997: 14), "Los gremios asumieron nuevos roles: como paladines de los intereses de la clase trabajadora en su conjunto, no sólo como representantes de sus miembros, y como sustitutos políticos de los fracasados partidos de izquierda". No estoy sugiriendo que este proceso sea universal —es claramente desigual— ni irreversible. Sin embargo, debemos ver el reciente interés de ICFTU en la solidaridad obrera internacional en el marco de esta perspectiva y no asumir simplemente que es un ejercicio cínico de corrección política.

El mundo del capital global es consciente de los peligros que el movimiento obrero plantea al éxito final del proyecto de la globalización. *Foreign Affairs*, un órgano influyente del establishment de asuntos exteriores de los EE.UU., publicó en 1996 un inusual artículo sobre Trabajadores y la Economía Global (Kapstein, 1996) que comenzaba con la declaración básica de que "La economía global está dejando millones de trabajadores desafectados en su curso", y termina advirtiendo a los responsables del diseño de políticas que si "como la elite germana en Weimar, hacen oídos sordos a la creciente insatisfacción de los trabajadores... y las difíciles condiciones de los desempleados y los trabajadores pobres como cuestiones marginales" (Kapstein, 1996: 14,37), lo hacen a costa de ponerse a sí mismos en peligro. En el mismo sentido, y preocupado por el hecho de que estamos ingresando en una etapa crítica del proceso de globalización y porque se está produciendo un "retroce-

so disruptivo", Klaus Schwab, fundador y presidente del World Economic Forum en Davos, hace un llamado a la economía global y los líderes políticos para que muestren que el "nuevo capitalismo global" puede funcionar "para beneficio de la mayoría y no sólo para managers corporativos e inversores" (p. 231). Revelando a la vez la verdadera naturaleza de la globalización y el sueño imposible de su potencial reformador, esta afirmación al menos muestra que no todo está bien en el jardín capitalista.

■ **El trabajo como movimiento social**

Durante más de una década ha sido un lugar común referirse al "fin" de la clase trabajadora y la "muerte" del movimiento obrero en tanto que movimiento social. Podría parecer ahora que estos informes son en cierto modo exagerados. Touraine (1986: 153) opera con una imagen inorgánica del movimiento de trabajadores para diagnosticar su defunción: "Movimientos tales como el sindicalismo tienen una historia de vida: infancia, juventud, madurez, vejez y muerte". Cualesquiera sean las salvedades que se hagan a este esquema para evitar la carga de

"Al igual que con el capitalismo, el movimiento sindical pareciera tener una gran habilidad para regenerarse y transformarse, adaptándose a nuevas situaciones, mutando formas organizacionales y estrategias, y viviendo para luchar por un nuevo día."

evolucionismo, pareciera tratarse de una analogía biológica traspapelada. Sería más productivo examinar ciertos ciclos del movimiento obrero en relación a procesos económicos y políticos en la sociedad en general que tomar esta visión del ciclo vital del movimiento obrero. Al igual que con el capitalismo, el movimiento sindical pareciera tener una gran habilidad para regenerarse y transformarse, adaptándose a nuevas situaciones, mutando formas organizacionales y estrategias, y viviendo para luchar por un nuevo día.

Una destitución más reciente del movimiento de los trabajadores aparece en la extensa visión general de la sociedad contemporánea de Castells (1997). En una arrolladora revisión de los movimientos sociales contemporáneos desde los Zapatistas a la Milicia Americana y del movimiento de mujeres a Aum Shinrikyo, Castells no encuentra lugar para el movimiento de los trabajadores. Las transformaciones estructurales del mundo del trabajo —globalización, neoliberalismo, flexibilización, etc.— son vistas como si hipotecaran toda posibilidad futura de que el movimiento de los trabajadores genere una identidad de proyecto transformador. Como en el caso de Touraine, Castells parece reducir a las asociaciones sindicales a actores políticos más o menos influyentes, pero les niega cualquier legitimidad como emplazamiento para movimientos sociales.

Frente al “mundo sin trabajadores” postulado por los profetas de la globalización y a algunos discursos sobre los Nuevos Movimientos Sociales, podemos volver a percibir signos muy definidos de renovada actividad sindical en todo el mundo. Tampoco toda esta actividad se limita a acciones defensivas en contra del neoliberalismo, como sucedía mayoritariamente una década atrás. La primer reacción de miedo e inseguridad contra las fuerzas desatadas por la globalización ha dado lugar a un nuevo estado de ánimo más asentado e incluso confiado. Mientras aún se encuentra debilitado por los estragos de los últimos veinte años, el movimiento internacional de trabajadores ha comenzado un proceso de recomposición en la mayoría de sus sectores claves. Ahora podemos prever que debido a la actual condición de “compresión del tiempo-espacio”, esta vez el resurgimiento del movimiento de los trabajadores no tardará cincuenta años en materializarse. Efectivamente, los signos de este resurgimiento están a la vista; es más una cuestión de cuándo y cómo, y no de si tendrá lugar o no. Lo que también está claro es que este nuevo movimiento de los trabajadores estará en gran medida influenciado por el ejemplo de los “nuevos” movimientos sociales que han pasado a la delantera a lo largo de los últimos 20 años.

■ ¿Nuevo movimiento social?

Si los proyectos de transformación sindical/socialistas tradicionales están ahora en crisis, quizás debiéramos volcarlos a los “nuevos” movimientos sociales y sus políticas de reconstrucción asociadas. Estos movimientos, formalmente contrapuestos a los “viejos” modelos sindicales, hacen referencia a los movimientos de mujeres, por la paz y los derechos humanos, y en algunas concepciones, incluso a una diversidad de asociaciones regionales, locales o comunitarias. Son vistos como representantes de una forma cualitativamente diferente de política transformadora y de un nuevo paradigma de la sociedad en gestación. Estos movimientos hacen hincapié en su autonomía respecto de la política partidaria y dan prioridad a la sociedad civil por sobre el Estado. En la política de los movimientos sociales, el poder en sí mismo es redefinido, y ya no es visto como algo externo de lo cual hay que apoderarse, sino como una cualidad difusa y plural presente en el tejido mismo de la sociedad. Estos movimientos sociales han ayudado a crear un nuevo espacio político en el cual las nuevas identidades han sido desarrolladas, nuevas demandas han sido articuladas y la línea divisoria entre los dominios público y privado ha perdido gran parte de su significado. La noción misma de poder es así redefinida, los límites de la política de estado son expuestos y se plantea un desafío a la atomización y alienación características del capitalismo contemporáneo.

A veces, sin embargo, se ha intentado postular una contraposición demasiado estricta entre el “viejo” movimiento de trabajadores y los “nuevos” movimientos sociales en torno a los asuntos de género, raza, ecología y paz. Mientras que los esfuerzos del movimiento obrero han estado localizados de manera creciente al interior de la organización política, se asume que los Nuevos Movimientos Sociales usualmente operan al interior de la sociedad civil. Respecto de las metas, el movimiento obrero usualmente se ha centrado en asegurar los derechos económicos de los trabajadores y la integración política de los sindicatos dentro del sis-



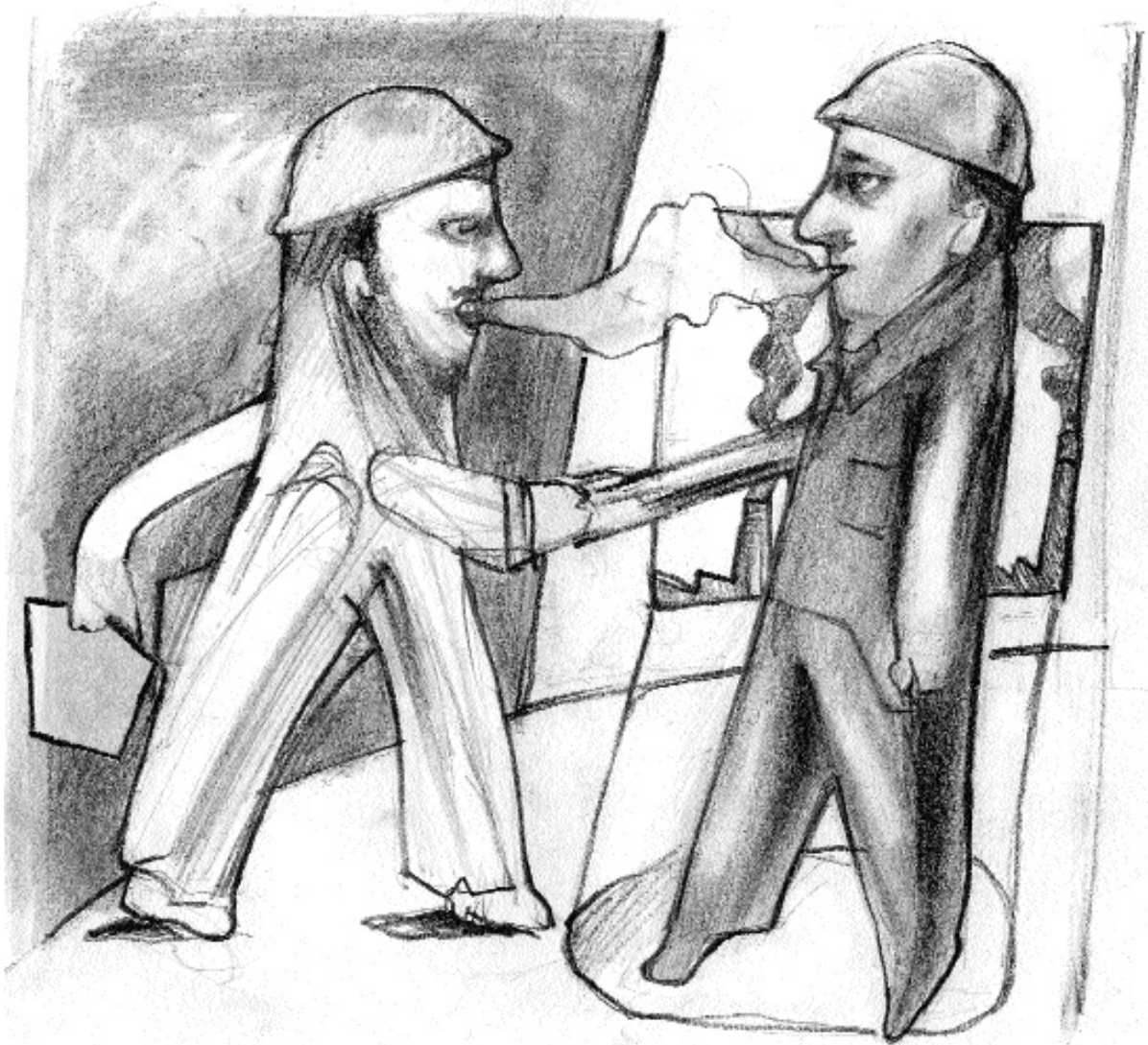
tema dominante. A la inversa, los Nuevos Movimientos Sociales ponen el acento en la autonomía de la sociedad civil y a menudo buscan cambios en los valores sociales o estilos de vida. El modelo organizacional del movimiento obrero ha sido tradicionalmente formal y ha adoptado un aspecto jerárquico (la famosa “ley de hierro de la oligarquía” de Michels). Por su parte, los Nuevos Movimientos Sociales tienden, al menos durante sus comienzos y en teoría, a un tipo de organización en red o de base. Finalmente, mientras que el movimiento de trabajadores usualmente ha puesto el acento en la movilización política, los Nuevos Movimientos Sociales a menudo van en pos de la acción directa y/o hacen intentos atrevidos de innovaciones culturales (véanse las tácticas dramáticas de Greenpeace). Lo expuesto representa sólo dos tipos ideales que no siempre se reflejan en la

práctica, pero podemos ver en esta descripción general, a pesar de estar atemperada por contraejemplos empíricos, el desafío que los Nuevos Movimientos Sociales constituyen para los movimientos obreros “tradicionales”.

Pienso que debemos tomar en serio la advertencia de Allen Hunter (1995: 6) de que “la áspera yuxtaposición entre las (malas) viejas políticas y los (buenos) nuevos movimientos sociales es autoengañoso, tiende a confundir, y puede inhibir el tipo de cuestionamiento crítico de las perspectivas actuales para el cambio radical que se necesita”. En primer lugar, en décadas recientes el movimiento de los trabajadores ha explorado formas de acción innovadoras. Desde el “movimiento social sindicalista” de Brasil, África del Sur o Corea del Sur al “nuevo realismo” de Europa occidental y otros lugares, el movimiento sindical ha estado buscando maneras de salir del impasse de las viejas tácticas,

modos organizacionales e incluso objetivos. La creciente heterogeneidad de la fuerza de trabajo y el impacto creciente de la “especialización flexible” pueden ser vistos, y han sido vistos, como una oportunidad para el movimiento obrero aún cuando constituyan una restricción a las estrategias tradicionales. A diferencia de una clase trabajadora homogénea ahora tenemos una fuerza de trabajo heterogénea. La representación de intereses en un modelo simple uno-a-uno cede el paso al pluralismo de identidades políticas.

Al tiempo que los viejos paradigmas de organización y estructuración del trabajo se disuelven, nuevas formas se desarrollan. Ya sea en el caso de las zonas de libre comercio en la frontera mexicana, de los trabajadores domiciliarios en la India o de los comerciantes de las aldeas y barrios segregados en África, las mujeres están imaginando maneras de resistir el embate del capitalismo neoliberal.



Encontramos que las asociaciones sindicales en todo el mundo actúan de forma creciente más allá de los portones de las fábricas y rompen con una estrecha concepción economista del asociacionismo sindical. Hoy está ampliamente reconocido en los círculos laborales que los sindicatos no tratan simplemente de defender los derechos de los trabajadores en el lugar de trabajo y que las barreras artificiales entre lugar de trabajo y comunidad no son tan inexpugnables.

“Hoy está ampliamente reconocido en los círculos laborales que los sindicatos no tratan simplemente de defender los derechos de los trabajadores en el lugar de trabajo y que las barreras artificiales entre lugar de trabajo y comunidad no son tan inexpugnables.”

Es alentador ver cómo el reciente estudio global de las actuales relaciones de trabajo en todo el mundo desarrollado por Moody (1997) renueva el llamado a un “movimiento social sindical” planteado también por Waterman (1993) y por mí (Munck, 1998). Este enfoque rechaza igualmente el economicismo de los enfoques del “sindicalismo empresario” y del “regateo político”. El “movimiento social sindical” es una estrategia activa orientada hacia la comunidad, que reposa en una concepción amplia de quiénes son las personas trabajadoras. Este concepto rompe las oposiciones binarias entre lugar de trabajo y comunidad, entre luchas políticas y económicas y entre trabajadores del sector formal y trabajadores pobres y/o informales.

Reconsiderando ahora la posibilidad de que el sindicalismo constituya un movimiento social, es necesario clarificar algunos puntos. En primera instancia, la “novedad” de los “nuevos” movimientos sociales a los cuales el sindicalismo es contrapuesto constituye una proposición dudosa. Nadie mejor para demostrar esto que Alberto Melucci (1994), quien hizo tanto por popularizar el término en debates sociológicos. Esta novedad sólo puede ser relativa y su función útil sólo es la de contraponer, como formas ideales, dos tipos de fenómenos sociales como hicimos anteriormente. Pero como lo señala Melucci (1996: 5), “si el análisis y la investigación fracasan en su intento de especificar las características distintivas de los ‘nuevos movimientos’, estamos atrapados en un árido debate entre los defensores y los críticos de la ‘novedad’”. En cierta medida, el movimiento obrero ha actuado como un “otro negativo” para los entusiastas que acentúan la “novedad” de cualquier movimiento social que estén investigando. De este modo, la naturaleza conservadora, burocrática, ritualizada y reactiva de las asociaciones sindicales ha sido acentuada, y su capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias o su naturaleza inherentemente contradictoria (al interior y en contra de la relación de trabajo al mismo tiempo) han sido negadas o minimizadas. Con el agrupamiento

florecimiento de muchas asociaciones sindicales y algunos movimientos de trabajadores, parece cada vez más anacrónico

contraponer el movimiento obrero a sus “nuevas” relaciones. Quizás ningún movimiento social pueda o deba articular la identidad de su proyecto “por sí mismo y desde sí” (Castells, 1997: 360), una falla que Castells utiliza para desechar a las aso-

ciaciones sindicales como una fuerza transformadora en la nueva (¿post-capitalista?) Era de la Información.

■ Internacionalismo: ¿comunidad imaginada?

“La solidaridad internacional debe tornarse un reflejo natural a lo largo del movimiento sindical”, dijo Bill Jordan, Secretario General de CIOSL (Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, 1997). Cuando el nuevo líder de CIOSL, el cauto ex-líder del sindicato británico de trabajadores de la ingeniería, proclama que la solidaridad obrera internacional debe ser ahora la orden del día, esto nos da la pauta de que algo nuevo está pasando.

No obstante, hace no mucho tiempo, el consenso generalizado era que el movimiento de los trabajadores no tenía demasiado futuro como un actor social o movimiento internacional, y menos aún global. El acento fue puesto en la asimetría entre capital y trabajo y en el hecho de que no había razón para que la internacionalización de uno tuviera efectos similares sobre el otro (Haworth y Ramsay, 1984). En un estudio de las políticas exteriores de las asociaciones sindicales británicas, Carolyn Vogler (1985: xiii) también concluyó en un balance negativo que señalaba que “por lo menos hasta ahora, no hay indicaciones de que el proletariado emerja como un actor de clase transnacional”. Más bien toda la evidencia parecía indicar que las asociaciones sindicales británicas (por extensión, metropolitanas) se volvían crecientemente nacionales y regionales en sus puntos de vista y en sus acciones.

Viene ahora a colación la pregunta respecto de si las cosas han cambiado tan dramáticamente a lo largo de la última década o si esta visión negativa fue exagerada. Los argumentos en contra de visiones voluntaristas y locuaces sobre las tendencias “objetivas” en dirección a un nuevo internacionalismo estaban probablemente justificados. Sin embargo, creo que podemos argumentar que nos encontramos ahora en una situación cualitativamente nueva, y que muchos de estos viejos alegatos no tienen tanta vigencia.

Pareciera que el inmerecido “pesimismo de la voluntad” aplicaba paradigmas (y estados de ánimo) de la década de 1970 a fenómenos de la década de 1980. Pienso que sería importante abordar este problema en función de la cambiante realidad señalada, y no tratar de examinar el movimiento internacional de los trabajadores de la década del ‘90 a través de las gafas teñidas de gris de los ‘80. El “viejo” movimiento obrero está alcanzando al “nuevo” que en los ‘80 empezó a “encarar directamente asuntos planetarios y desafiar el proceso dominante de resolución de problemas a un nivel global” (Hegedus, 1989: 33).

La naturaleza misma de la “solidaridad” obrera internacional (un término lábil si los hay) ha cambiado significativamente en el transcurso de la última década. Sería ciertamente ingenuo pensar que todas estas prácticas sindicales son actualmente cosa del pasado. Sin embargo, hay por lo menos un paradigma de un nuevo internacionalismo a nivel sindical que puede actuar como alternativa. Waterman (1998: 72-3) ha reseñado algunas de sus características en un tipo ideal de nuevo internacionalismo de los trabajadores:

- de un movimiento de contactos de liderazgos a relaciones de base entre trabajadores;
- de un movimiento de modelos organizacionales burocráticos a formas flexibles descentralizadas;
- de un modelo de “ayuda” a un modelo de “solidaridad”;
- de un movimiento centrado exclusivamente en una identidad obrera clásica a una concepción amplia de internacionalismo democrático;
- una ética solidaria generalizada que abarca la discriminación nacional, de género, racial y religiosa;
- un reconocimiento de que la solidaridad no es un proceso unidireccional, sino que involucra a trabajadores tanto del Sur como del Norte.

No es seguro que esta noción idealizada del nuevo internacionalismo del movimiento de trabajadores vaya a materializarse de esta forma. Sin embargo, estos cambios parecen apuntar en dirección a trascender la estrecha caracterización de las asociaciones sindicales como simples “grupos económicos locales” (Willetts, 1982: 2). El movimiento internacional de asociaciones sindicales se ha vuelto probablemente más efectivo.

■ **El trabajo en lo global**

Hay varios niveles en los cuales el movimiento ha respondido, se ha adaptado, o se ha enfrentado a la globalización. El nivel “más alto” lo ocupa el movimiento de creciente importancia que pugna por el reconocimiento de una “cláusula social” por parte de la Organización Mundial del Comercio. Aunque en apariencia modesto –un compromiso de respetar las principales convenciones de la Organización Internacional del Trabajo, como libertad de asociación y abolición del trabajo forzado-, su implementación tendría efectos más amplios. De la boca para afuera, la campaña llevada adelante por la CIOSincluso muestra cierta condescendencia con el neoliberalismo y rechaza el rótulo de proteccionista. No obstante, es novedoso aún incluso discutir la relación entre libre comercio y standards de trabajo reconocidos internacionalmente. Creo que este tema refleja la sentencia de Bob Deacon et al (1997: 3) de que “la otra cara de la moneda de la globalización de las políticas sociales es la socialización de la política global”. El CIOSL estaría de este modo en lo

“El movimiento sindical también ha reaccionado frente a la globalización a nivel regional. Un buen ejemplo de ello es la campaña de las asociaciones sindicales norteamericanas en torno a y en contra del NAFTA (Asociación de Libre Comercio de América del Norte). La interacción conflictiva pero en última instancia productiva entre asociaciones sindicales de EE.UU., México y Canadá respecto del NAFTA aún podría resultar un mojón en términos de solidaridad sindical internacional...”

correcto al percibir una creciente tendencia de las organizaciones capitalistas internacionales a reconocer el componente social crucial de sus intervenciones. Por supuesto, no es sorprendente que muchas ONGs y sindicatos de sociedades industriales no avanzadas se hayan opuesto a los standards de trabajo de la campaña como un movimiento más anti-Sur.

El movimiento sindical también ha reaccionado frente a la globalización a nivel regional. Un buen ejemplo de ello es la campaña de las asociaciones sindicales norteamericanas en torno a y en contra del NAFTA (Asociación de Libre Comercio de América del Norte). La interacción conflictiva pero en última instancia productiva entre asociaciones sindicales de EE.UU., México y Canadá respecto del NAFTA aún podría resultar un mojón en términos de solidaridad sindical internacional o, para ser más precisos, transnacionalismo del movimiento sindical. Las respuestas nacionalistas por parte de los tres movimientos obreros apuntaron, aún cuando de manera parcial y vacilante, en dirección a una posición común en relación a este movimiento mayúsculo en pos de la racionalización capitalista. Un estudio cuidadoso de toda esta experiencia puede ayudarnos a avanzar más allá de la estéril contraposición entre los blues de la globalización y un internacionalismo abstracto. Parte de la ambigüedad y el optimismo del nuevo discurso sindical transnacional puede discernirse en la declaración del Presidente de la Federación Americana del Trabajo-Consejo de Organización Industrial (AFL-CIO), Lane Kirkland:

Uno no puede ser un sindicalista a menos que sea un internacionalista. Aménos que se dé cuenta de que el bajo nivel de las condiciones y la pobreza en cualquier parte del mundo son una amenaza a las buenas condiciones y a los standards comparativamente buenos en cualquier parte del mundo (citado en French et al, 1994: 1).

Dado que el nuevo rol del movimiento de trabajadores es reciente, nuestras conclusiones sólo pueden ser parciales y provisionarias. Una cuestión que emerge es que las acciones nacionales e internacionales del movimiento no son incompatibles. El movimiento sindical siempre ha tenido una base, rol y orientación nacional (ver por ejemplo Wils, 1996), y aún la tiene. Necesita tener también una orientación y una práctica internacional. Sería erróneo, sin embargo, establecer una jerarquía entre estos dos niveles o verlos como bueno y malo. Tampoco para los sindicatos existe la opción de ignorar a sus bases nacionales o simplemente moverse en dirección al “movimiento social sindical internacional” co-

trabajadores, o en la conexión entre el nivel global y los esfuerzos locales, es crucial desarrollar las estructuras mediadoras, pensamiento y personal para vincular y fortalecer la relación entre la base local y el liderazgo global.

Quisiera como último punto señalar que ahora es el momento de invertir el “viejo” slogan “Piense global, actúe local”. Ello no significa promover un internacionalismo abstracto como si existiera un éter puramente global alejado de la ebullición de lo local. La globalización solamente existe a través de los concretos y complejos procesos socio-económico-culturales en localidades específicas. Lo que estamos presenciando ahora es una revalorización de lo local entendido enteramente como parte de la globalización y no como un “lugar aparte”. En las respuestas locales/internacionales a los efectos sociales y espaciales de la globalización vemos cómo “esfuerzos locales para acomodar el trabajo de la globalización están contribuyendo a prácticas políticas...que desafían nuestros actuales enfoques teóricos” (Clarke y



mo si fuera meramente cuestión de elegir entre uno u otro. Mientras que las asociaciones necesitan confrontar estos asuntos para sobrevivir en el nuevo mercado laboral global, no puede esperarse que desplacen sus escasos recursos a organizar lo desorganizado al mismo tiempo que reflexionan sobre su base actual (Borgers, 1996: 70).

Otra conclusión relacionada con ésta es que la acción de los obreros en la base a veces puede elevarse a un principio que se torna disgregante. De este modo, algunos comentaristas se quejaron de que el trabajo internacional de los estibadores de Liverpool, durante la famosa huelga de los *dockers* en 1995 y 1996, a veces pasó a través de los “directivos de las asociaciones sindicales”. Esta crítica abstracta (basada en nociones espurias de su “posición social”) ignora el hecho de que para la mayoría de los movimientos sociales el estrato clave para movilizar es precisamente el “management medio”. Ya sea al interior del movimiento de

Gaile, 1997: 40). Al descomponer el viejo dualismo local/global, estas nuevas prácticas (teóricas) están renovando la posibilidad de solidaridad internacional.

Está bien recordar que la globalización no es sólo un asunto económico, sino que de manera crucial involucra también a la cultura. A este respecto, muchas barreras que existían en la comunicación internacional del movimiento de los trabajadores han sido derribadas. Todas las luchas sociales son ahora, más claramente que nunca, también luchas sobre la interpretación en el nivel discursivo. Los movimientos de trabajadores están ahora mucho más atentos al poder crucial de la interpretación y la potencial inventiva del lenguaje. La nueva solidaridad no se basa en una identidad simple sino que reconoce la diferencia. Entiende que la reciprocidad es una mejor base para la solidaridad que la caridad. El consenso neoliberal global parece haberse roto y emergen opciones para el trabajo más allá de los estrechos

confines del sindicalismo empresario. Los paradigmas culturales dominantes pueden ser desestabilizados, subvertidos y contrarrestados. Las organizaciones internacionales de trabajadores están destinadas a jugar un papel en la construcción discursiva de este nuevo sentido común. Hay un rol para el trabajo en lo global.



■ **Bibliografía**

Borgers, F. (1996), 'The challenge of economic globalisation for US labour', *Critical Sociology*, 22 (2).

Castells, Manuel (1996), *The rise of the network society*. Vol. I of his *The information age: economy, society and culture*, Oxford: Blackwell.

Castells, Manuel (1997) *The power of identity*. Vol. II of his *The information age: economy, society and culture*, Oxford: Blackwell.

Clarke, J. and G. Gaile (1997) 'Local politics in a global era: thinking locally, acting globally', *Annals* (The Annals of the American Academy), N° 551, May.

Deacon, B., M. Hulse and P. Stubbs (1997) *Global social policy. international organisations and the future of welfare*, London: Sage Publications.

French, J., J. Cowie and S. Littlehare (1994) *Labour and NAFTA: a briefing book*, Durham, NC: Duke University.

Haworth, N. and Ramsay, H. (1984) 'Grasping the nettle: problems in the theory of international labour solidarity', in Peter Waterman (ed.) *For a new labour internationalism*, The Hague: ILERI.

Hegedus, S. (1989) 'Social movements and social change in self-creative society: new civil initiatives in the international arena', *International Sociology*, 4 (1).

ICFTU-CIOSL (1997) *Fighting for workers' rights in the global economy*, Brussels: International Confederation of Free Trade Unions.

Kapstein, E. (1996) 'Workers and the world economy', *Foreign Affairs*, May/June.

Melucci, A. (1994) 'A strange kind of newness: what's 'new' in the New Social Movements', in E. Larana, H. Johnston and J. R. Gusfield (eds.) *New social movements: from ideology to identity*, Philadelphia: Temple University Press.

Melucci, Alberto (1996) *Challenging codes: collective action in the information age*, Cambridge: Cambridge University Press.

Moody, K. (1997) *Workers in a lean world: unions in the international economy*, London: Verso.

Munck, R. and P. Waterman (eds) (1998) *Labour world-wide in the era of globalisation*, Basingstoke: Macmillan.

Touraine, Alain (1986) 'Unionism as a social movement', in S. M. Lipset (ed.) *Unions in transition: entering the second century*, San Francisco, ICS Press.

Vogler, C. (1985) *The nation state: the neglected dimension of class*, Aldershot: Gower.

Waterman, P. (1993) 'Social movement unionism: a new model for a New World Order', *Review*, 16 (3): 245-78.

Waterman, Peter (1998) *Globalisation, social movements and the new internationalisms*, London: Mansell.

Willetts, P. (1982), 'Pressure group as transnational actors', in P. Willetts (ed.) *Pressure groups in the global system: the transnational relations of issue-orientated non-governmental organisations*, London: Frances Pinter.

Wils, L. (1996) 'The workers' movement and nationalism', in P. Pasture, J. Verberckmoes and H. de Witte (eds) *The lost perspective? Trade unions between ideology and social action in the New Europe*, Aldershot: Avebury.

World Bank (1995) *World Development Report 1995. Workers in an integrating world*, New York: Oxford University Press.